

Nido de escritores

Antología

Taller

Nido de escritores

Antología

Edición: Nicolás Cruz
Diagramación: Marta Suárez

BiblioGAM
Santiago de Chile
noviembre de 2017

Contenido

Presentación	3
Héctor Torres	5
Amor en el paraíso	5
El silbato	7
Para cruzar la Alameda	8
Juana Leiva Mora	11
Congreso a Recife	11
Una torta deliciosa.....	15
Astrid Tapia van Oordt.....	22
Historias de amor y desencuentro	22
El solapado cómplice.....	25
Francisco Abarzúa	27
El cinturón blanco	27
El coronel González.....	34
Elba Alarcón	41
La llegada del tren	41
El cumpleaños	45

Carmen López	47
Mis mujeres.....	47
Cita con mi padre.....	53
Inger Kock Nickelsen.....	56
De nuevo es sábado.....	56
La cocinera y el pollo.....	66
Benito Alarcón.....	75
El drama de Otto Kurt	75
La residencia de los Jacintos.....	82
Marcela Jiménez de la Jara	88
No crees que los muertos hablan, hasta que un día se deciden a hacerlo..	88
Gato negro.....	91
Mónica Iglesias.....	94
El hombre del carretón	94
La esquina	97

PRESENTACIÓN

Cuando leí los escritos de los postulantes al Taller Nido de Escritores a realizarse en GAM estaba siendo parte del Segundo Congreso FILO de Historieta, Cómic y Caricatura, realizado en Ciudad de México. Entre las múltiples actividades que estaba llevando a cabo me tomé un tiempo para leer los pasajes autobiográficos escritos por los futuros talleristas, y dos cosas sobre ellos me llamaron la atención. La primera fue el innegable talento narrativo que mostraban los textos. La segunda, la urgencia por contar historias que se desprendía de ellos, la necesidad de los escritores por dejar un testimonio vivo sobre sus vidas y experiencias.

La impresión que tuve al enfrentarme a los textos se confirmó en la primera sesión del taller, donde luego de presentarnos, los talleristas me dijeron con total convicción que no querían que los tratara como viejos, ni que fuera condescendiente con su escritura porque ellos fueran adultos mayores. Yo les contesté que los veía como a todos mis talleristas, y que precisamente la idea del taller era invitarlos a tirarse a la piscina y a escribir, a darle vida a esas historias que tenían dentro. "Yo pensaba que lo de escribir lo íbamos a dejar para la otra vida", comentó una de las alumnas y todos reímos. Desde ese momento no esperar para la otra vida se convirtió en la consigna del taller.

Durante las ocho sesiones en que se desarrolló el taller Nido de Escritores, nutridos por el tremendo entusiasmo y la urgencia de los talleristas, le sacamos trote a la escritura y a la imaginación, dando vida a sesiones de lectura y conversaciones memorables sobre los textos, donde

fui testigo de cómo el nivel de escritura de los talleristas crecía a la par que sus historias cobraban vida en el papel.

La antología que les presento es una muestra de los dos meses de arduo trabajo creativo que realizamos durante el Taller Nido de Escritores, y está compuesta por textos narrativos de notable calidad y diversidad.

Nicolás Cruz Valdivieso
Profesor Nido de Escritores
2017



Héctor Torres

Parral, 1945

Amor en el paraíso

Cuenta la leyenda que un día Adán se levantó más pensativo que de costumbre, y a la hora del desayuno Eva le preguntó tiernamente: "¿Y a vos que te pasa?". Adán respondió como corresponde a un macho empoderado: "No, nada". Evita insistió: "Y entonces, ¿por qué estás tan callado?". "Estoy preocupado porque nos dejaron la misión de crecer y multiplicarnos, y yo no sé cómo se hace la multiplicación", contestó Adán. "¿Y por qué no le preguntas a quien te dio la instrucción? Eso es lo que corresponde", propuso Evita. "Tuve la intención de hacerlo", dijo Adán, "pero parece que el jefe tampoco tiene experiencia en el tema. Porque para hacerte a ti me sacó una costilla, y si me sigo multiplicando de esa forma, me quedará sin esqueleto". "¿Por qué no salimos a dar una vuelta para saber cómo se multiplican los animalitos del bosque? Podríamos sacar algunas ideas", sugirió Evita. "Pero nosotros fuimos hechos a imagen y semejanza del creador. Debe haber algún método más delicado para multiplicarse. Si

quieres vas tú, mientras yo me meto a internet para ver si encuentro alguna información”, argumentó Adán.

Y así fue como Evita salió y se encontró con la serpiente. “Hola, mi niña. Te noto un poco triste, a lo mejor tienes una penita de amor. ¿Quieres que te vea la suerte en las cartas?”, le preguntó.

En esta conversación la serpiente le explicó que la multiplicación podía ser muy placentera, pero era necesario hacerla con ganas, con deseos. “Ahí tenemos un problema, porque encuentro que Adán anda muy desganado. A lo mejor yo no le gusto, y tiene otra mujer”, dijo Eva. “No, mi niña”, respondió la serpiente. Y como tenía lengua de víbora, agregó: “Lo que pasa es que los hombres son muy complicados. A ellos les gusta seducir, porque se creen conquistadores. Y si les dan todo en bandeja, no se incentivan. Ver todos los días a la misma mujer desnuda no les llama la atención. Lo que tienes que hacer es cubrirte las partes estratégicas, y sacarte la ropa solo en los grandes momentos”.

Siguiendo este consejo, Evita se vistió con una hermosa lencería, se pintó los labios, se encrespó el pelo, adornó sus orejas, y aprendió a caminar en forma sensual.

Al llegar la noche, le pidió a Adán que le ayudara a quitarse la ropa y viera si se le había enrojecido la piel, porque la sentía delicada. El pobre macho, que nunca había desvestido a una mujer, tuvo que dar varias vueltas para hacerlo. Pero ahora venía lo más complicado, porque debió frotarle suavemente la piel con cremas aromáticas, y descubrió montes y hondonadas que nunca había recorrido.

Y así fue como aquella noche, Evita aprendió a multiplicar. Y Adán entró por primera vez... al Paraíso.

El silbato

La familia de mi madre vivía en un poblado campesino cerca de San Carlos, y durante mi infancia pasé algunos veranos con mis abuelos maternos. Su casa estaba frente a la estación de ferrocarriles de Ninquihue, y desde la puerta de entrada se apreciaba todo el movimiento de los trenes. Para llegar al recinto ferroviario bastaba con salir, atravesar un camino de tierra, y pasar por una abertura en medio del cerco de alambres.

Toda la vida del poblado giraba alrededor de la estación y el jefe del local era testigo de cuanto contrato se celebraba en el lugar. Y padrino de bautizos y matrimonios. Pero el momento en que se juntaba más gente era a las cinco de la tarde, porque a esa hora pasaba el tren que venía de Santiago y dejaba la bolsa con correspondencia que, posteriormente, el jefe repartía a viva voz. Por ese motivo, de cada casa y fundo cercano llegaba un representante para retirar las cartas y encomiendas.

Además, todos los veranos visitaba el lugar una familia circense, que presentaba su espectáculo en la bodega de la estación. También llegaba una familia de gitanos, que se instalaba en la parte posterior.

Tiempo después fallecieron mis abuelos, los herederos vendieron la casa, y perdí todo contacto con el lugar.

Pasaron muchos años, y al terminar mis estudios universitarios me quedé trabajando en Santiago. Pero un día que viajaba en bus a Chillán, decidí bajarme en Ninquihue para recorrer el poblado que conservaba en mis recuerdos. No quedaba nada de lo que había conocido. El antiguo camino de tierra formaba ahora parte de la Ruta 5 Sur y para construirla había sido necesario demoler las fachadas de las casas. Las personas que

conocí habían muerto o se fueron del caserío. Y la pequeña estación se utilizaba como vivienda, porque los trenes ya no se detenían en el lugar. De modo que abordé otro bus, continué mi viaje, y archivé para siempre esos recuerdos de mi infancia.

Sin embargo, hace dos años me trajeron como regalo un pequeño silbato de madera que imita el sonido que tenían las antiguas máquinas ferroviarias a carbón. Cuando estuve solo en mi habitación lo hice sonar y ocurrió algo extraordinario. Porque junto con el aire y el sonido, salieron en tropel los recuerdos que tenía guardados. Y vi de nuevo la estación llena de gente. En el andén estaba mi abuelo conversando con sus amigos, los artistas del circo invitaban para la función vespertina, y los gitanos ofrecían talismanes para conquistar un amor imposible.

De pronto, todos se quedaron en silencio y miraron hacia el norte. Porque a lo lejos... el tren de las cinco anunciaba su llegada.

Para cruzar la alameda

Al sur de Santiago hay varios pueblos y ciudades que son atravesadas por una alameda arbolada y, por regla general, esto da vida a dos realidades o sectores distintos.

En mi pueblo natal, vivir al sur de la alameda significaba pertenecer a un barrio de gente trabajadora de origen campesino. Aunque no disponían de riquezas, se las arreglaban para ser felices, y había lugar para todos: en una esquina atendía un peluquero evangélico que muchas veces suspendía su trabajo para leer al cliente un pasaje de la Biblia que él había

seleccionado. Pero al frente estaba la casa de citas que regentaba una distinguida vecina, donde concurrían caballeros del otro lado de la alameda.

En la cuadra siguiente estaba la entrada sur del pueblo, y como era el inicio de la calle por donde llegaban los campesinos a comprar sus "faltitas", funcionaba una cantina donde se escuchaban unas rancheras muy tristes, que hablaban de amores no correspondidos y mujeres traicioneras.

Los adultos se entretenían celebrando los santos y las muertes de chanchos, aunque la fiesta mayor era para el 18 de Septiembre, con ramadas y fritangas en la alameda. Los niños jugaban en la calle porque durante el día las casas permanecían con las puertas abiertas y era fácil vigilarlos. Uno de ellos tenía cinco años y le decían "el Rucio". Pero a veces se vivían jornadas tristes. Un día pasó la muerte por el barrio y se llevó al hermano menor del Rucio. Era un angelito de ocho o nueve meses, que murió de pobreza. Pusieron la pequeña urna abierta sobre una mesa, afirmada en la pared blanca, y un tío levantó al Rucio para que se despidiera de su hermanito.

Al día siguiente este niño salió orgulloso de su casa, encabezando un grupo de amigos que llevaban la pequeña urna blanca con destino al cementerio. Algunos vecinos de edad más avanzada acompañaron el cortejo en autos antiguos, incluyendo uno que llamaban "el lanzallamas", porque no tenía puertas ni techo y emitía mucho ruido y pequeñas explosiones cuando se ponía en funcionamiento.

Al llegar al cementerio se realizó la triste ceremonia y sepultaron al angelito en el mismo nicho donde estaban los restos de su abuelo paterno.

En cuanto terminó el sepelio los niños salieron corriendo hacia el exterior y se subieron al Lanzallamas. El Rucio, que estaba al volante, había

visto que para hacer funcionar el motor se apretaba un botón, y él hizo lo mismo. Pero como no realizó la maniobra completa, el auto empezó a avanzar a saltos, muy lentamente, atravesando el camino de ripio donde estaba estacionado. Los adultos alcanzaron a llegar antes que el vehículo cayera a un canal que existía a la orilla del camino. Pero esos niños les dieron una lección; porque mostraron que a pesar de la pena, la vida debía continuar. Que era necesario avanzar aunque fuera lentamente. Y era preciso marchar unidos, para cruzar la alameda y salir de la pobreza.

Han transcurrido más de sesenta años y no sabemos cuál fue el destino de esos niños porque ninguno se quedó en el barrio. Cuando crecieron, armaron un equipaje con sus sueños... y cruzaron la alameda.



Juana Leiva Mora
Santiago, 1951

Congreso a Recife

Aníbal Tercero Guajardo, cuyo nombre se debía primero al abuelo y después al padre, de ahí lo de tercero, ostentaba el cargo de concejal en la comuna más pobre de la Región Metropolitana. Llegó a ese cargo por estar apadrinado por un Senador de la República, (muy dado a los combos cuando se le acaban los argumentos). Había conseguido, por fin, una comisión de servicio junto a otros colegas a Recife en la provincia de Pernambuco en Brasil. Estaba eufórico. Irían a un congreso llamado: "Cómo ser eficientes en mantener las áreas verdes y lugares públicos limpios de excrementos de perro y otras mascotas". En la víspera del viaje, una gangosa operadora le dio la hora en que lo pasaría a buscar el transfer que lo llevaría al aeropuerto, la que sería a las 03:45 de la madrugada, a pesar de que su vuelo estaba programado para las 07:50.

—Pero, señorita, mi vuelo es cuatro horas después. ¿No será muy exagerado partir tan adelantado? —alegó Aníbal Tercero.

—Lo siento señor, son las reglas de la compañía, y el convenio con la municipalidad así lo estipula. Los traslados se programan de acuerdo a la ubicación de los pasajeros y usted es el primero al que habría que retirar. ¡Usted verá!

—Bueno, si no hay otra forma, así será pues, señorita—respondió y le dio resignado la dirección.

¿Qué importaba madrugar si iba a disfrutar de cálidas playas tomando caipiriñas, contemplando garotíñas con largas, sedosas y morenas piernas en tangas de hilos dentales?

Esa tarde habría una última reunión programada con el alcalde para tratar los consabidos problemas: como los de una escuela cuyas salas se llovían, con ventanas casi sin vidrios y baños que pasaban inundados por las cañerías rotas; que el SAPU no tenía doctores suficientes para tanto enfermo y los que habían, atendían muy pocas horas ya que preferían ganar más en sus consultas particulares; que la única ambulancia tenía los neumáticos gastados; que la cancha estaba siendo destinada a acumular escombros y a ser guarida de ratones. Miró la hora, ya faltaba poco para salir a almorzar, pero antes saldría a fumarse un cigarrillo y tomar un café haciendo planes con Walter, su amigo, colega de cargo y partido.

—¡Dicen que mañana habrán temperaturas bajo cero y que va a nevar en Santiago! ¿Podís creer esa wea?—le comentó Walter.

—¡Na! Los del tiempo siempre se equivocan. Cacha, que ayer salí más abrigado que hijo único y después me recagué de calor.

Conversaron otras tonterías, pelaron a tanto inepto y al alcalde por no poner mano firme, ni tener poder de decisión para “cortar el queque”. Entonces mejor pasaron al tema de su próximo viaje.

—Perrito... ¿Cómo vamos a estar mañana a esta hora, ah? —le recordó Walter dándole un combo amistoso en el brazo—. ¡Carnes a la espada, la cachaza tragada como catarata por nuestras gargantas, samba, mulatas, arenas blancas! ¿Cómo vamos a estar, ah?

Así transcurrió el resto del día, entre un almuerzo relajado y la reunión que fue como él pensaba: pajera, con pobladoras peleadoras, que lo único que consiguieron fue que todo lo que se pactó quedara en acta, para que tal vez en un futuro, y con previo acuerdo de todos los concejales, la tesorería y el alcalde, se hiciera algo. O sea, nunca.

Llegó a su casa quejándose del excesivo trabajo, los tacos, del Transantiago y de “tanto weón que maneja como las weas”, preguntándole a su mujer si su maleta estaba lista. Que si le había encontrado ropa de verano y si le había comprado el bloqueador solar, ese que le recomendará el dermatólogo. Ante una queja de la mujer por la falta de dinero, Aníbal Tercero respondió:

—Mira Marta, si la plata no alcanza, no es mi culpa ¿De dónde quieres que saque más? ¿Quieres que robe? Si voy a este congreso es precisamente para que nos vaya mejor y no por divertirme. ¿Estamos? ¡Ah! Llevaré traje de baño y las Condorito. No vaya a ser cosa que entre reuniones podamos darnos un remojón en alguna piscina. No creo, pero eso nunca se sabe.

Jugó un rato con su retoño, Aníbal Cuarto, cada día lo encontraba más lindo y parecido a él.

—¡Cocha más linda! —dijo, y dio un grito. —¡Hay que mudar al niño!

Luego se acostó a ver las noticias. Cuando vio tanta excitación en los periodistas y en el hombre del tiempo ante la ola de frío que se avecinaba para las próximas horas, y las precauciones que había que tener, no se lo creyó.

—¡Na, mentira!

Puso el despertador a las 02:45, le dio un rápido beso a su mujer.

—Martita, me tengo que levantar en tres horas más, a la vuelta le daré todo mi amor, se lo prometo. Ahora, dele un bechito a su negro viajero —le susurró.

Despertó a la hora señalada y se arregló rápidamente.

—No te levantes, Martita, está un poco helado, tomaré desayuno en el aeropuerto. ¡No llore, pues, si nos vemos en una semanita!

Se despidió, tomó su portadocumentos, lo revisó, echó a rodar la maleta y se dispuso a salir de la casa. Cruzó el umbral de la puerta, lo sorprendió una diáfana claridad a pesar de que era de noche. Cerró la puerta y ya afuera cayó en la cuenta que efectivamente estaba nevando copiosamente. Bonito espectáculo, ahí estaba el transfer esperándolo a pocos metros de la entrada de su casa. Apuró el paso sin percatarse que el suelo estaba como jabón, su pie inseguro patinó en ese escenario, antes de encontrarse con una caca de perro escarchada y cubierta de nieve que lo hizo resbalar y desplomarse, azotando la espalda contra el piso. Quedó boca arriba mirando caer suavemente la nieve en su cara y entre los copos pudo ver en la ventana del segundo piso, a Marta, invertida.

Ya hospitalizado imaginaba a Walter y a los colegas disfrutando allá en Recife. Una enfermera rechoncha y paticorta que entró a cambiarle la

bolsa de suero y medicina interrumpió sus pensamientos. Él, con tristeza, veía como gota a gota se iba introduciendo el líquido en su torrente sanguíneo y lo que realmente hubiese querido en ese momento era que otro brebaje ingresara por otra vía a su interior.

Se lamentaba Aníbal Tercero pensando que todos recordarían esa madrugada por la nieve que caía sobre Santiago, aunque él la recordaría por motivos muy distintos.

Una torta deliciosa

—Hermana Melania, esta mañana usted deberá atender la pastelería —ordenó Sor Anchila, la madre superiora del monasterio, acatarrada, con los ojos vidriosos por la fiebre, la nariz enrojecida e hinchada de tanto sonarse.

Había epidemia de gripe en el convento, todas las demás monjas estaban enfermas y sin ánimo. Melania era la única que aún permanecía sana.

—¡Así lo haré, reverenda Madre!

Melania fue a instalarse obedientemente al recinto donde vendían los productos que se producían en el convento, revisó las vitrinas, estaban completas con los licores, las mermeladas, las galletas y los chocolates. Luego de comprobar que todo estaba en orden, dispuso en la mesita el cuaderno de pedidos y, cerrando los ojos, comenzó a correr las cuentas del rosario mientras rezaba a la espera de algún cliente.

—¡Bon jour, hegmana! ¿Aquí es donde hacen togtas a pedidó? — preguntó una voz de hombre, grave, acariciadora y claramente con acento francés, que la sacó de sus plegarias y la hizo sonrojar, no supo por qué.

—¡Buenos días, sí señor! —respondió abriendo el libro y tomando el lápiz, que se le resbaló de las manos y la hizo sentir muy torpe.

La hermana Melania tenía dieciocho años y era bella como un ángel, provenía de una familia de alcurnia y título nobiliario, cuyos integrantes habían apoyado la decisión de la joven de hacerse monja para tener asegurada la entrada al reino de los cielos. Su nombre era otro y en la congregación de las Hermanas de la Orden de las Clarisas Capuchinas recibió el nombre de Melania.

—Yo le guecojo el lápiz, hegmanitá.

El hombre se agachó muy cerca de la novicia, por lo que ella pudo sentir su aroma varonil, mezclado con una colonia que le trajo recuerdos de su padre y de la elegante tienda a la que le acompañaba siendo niña. A todas luces se notó que la atracción fue recíproca.

—¿Cuál torta va a querer y para cuándo la necesita? Nuestras especialidades son de lúcumas con manjar, huevo moll y almendras, y mil hojas con crema pastelera, manjar y mermelada. Los tamaños son para diez y hasta cincuenta personas —soltó atropelladamente la hermana Melania queriendo apresurar el trámite.

—Pgobé una en casa de amigos. Como me gustó muchó, me diegon el dato de ustedes, necesito una paga este sabadó. ¿Usted también pgepaga las togtas?

—Sí, junto con las demás hermanas de la congregación.

—Ahí está el secgetó del sabog de estos manjagués. ¡De esas bellas manos solo pueden salg magavillás!— le soltó el hombre zalameramente a la pobre hermana, haciéndola enrojecer.

—¡Por favor, señor, no me diga eso! Primero, está usted hablando con una sierva de Dios y segundo no puedo escuchar ese tipo de comentarios sobre mi humilde persona —protestó mirándolo fijamente.

Al ver el color de aquellos ojos sintió que estaba frente al mar en esa hora de la tarde en que el agua refleja los rayos del sol y se confunden el dorado, el azul, y también el verde.

—Pegdonemé, pego es imposible contenegsé ante una belleza semejante y está clago que Dios puso las cosas bellas en este mundo paga ser obsegvadás y admigadás. Nada malo hay en pondegag su cgeación.

—Bueno, señor ¿Va a encargar la torta? ¿Cuál será su elección entonces? —preguntó cortante.

—Quiegó una de manjag lucumá paga tgeinta pegsonás. Yo mismo pasagué a buscaglá el sabadó pog la mañana. ¿Usted me la entregagá, vegdad? —inquirió el hombre mientras se la comía con los ojos y recorría su cara.

—No lo sé, señor. Ahora debe dejar cancelado el 50 por ciento. ¿Me da sus datos, por favor?

La hermana Melania, temblorosa, tomó el cuaderno y se dispuso a anotar los datos del cliente.

—Yan Pieg Mogó. La digección está anotadá aquí.

El hombre se acercó a ella descorriendo el elástico de la Moleskine para mostrarle sus datos. Su nombre era Jean Pierre Moreau y estaba alojado en un hotel.

Una vez que el cliente se retiró, la hermana Melania quedó descompuesta. Corrió al convento en busca de una reemplazante, pero al ver a las demás hermanas hechas una ruina, se convenció que no había nadie más para atender esa mañana. De vuelta al local trató de retomar su rosario pero no encontró paz, y entre cada Avemaría, y alguno que otro pedido volvía a ver a ese hombre como una aparición. Tendría que confesarse, así sacaría la inquietud que se había instalado en su mente.

Ya en el confesionario se le vio arrepentida diciendo:

—¡Acúsome, Padre! ¡He pecado! ¡He faltado a mis votos!

—¿Cómo así, hija mía? ¿Cómo así?

El cura confesor la observaba intrigado a través de la mirilla enrejada, oculto en el sombrío sitial del confesionario.

—Padre, conocí a un hombre. Nunca pensé faltar a mis votos ni con el pensamiento, pero él se ha quedado grabado como a cincel en mi cabeza... Ya sea en mis oraciones o en mis quehaceres se me aparece, no me deja a sol ni a sombra. Yo que quiero dedicar mi existencia solo a Dios.

—La carne es débil, hija mía, la carne es muy débil y usted se está dejando llevar por la lujuria. ¿Qué le dijo ese hombre para dejarla en este estado? Recuerde que el demonio se nos aparece de las más infinitas formas.

—Lo que pasa reverendo padre, es que al verlo mi corazón dio un vuelco, me hablaba y miraba con tanta ternura. ¡Perdí la sensatez para actuar normal!

—Hermana Melania, en penitencia debe rezar un acto de contrición, cien avemarías, diez padrenuestros, azotar su cuerpo con ramas de olivo, además de realizarse abluciones parciales con agua bendita en sus partes

pudendas. Esto la alejará de todo mal pensamiento. Seguirá siendo una novicia virtuosa y no caerá en tentación.

—¡Por mi culpa! ¡Por mi culpa! ¡Por mi gravísima culpa!

La hermana Melania, hincada, se golpeaba el pecho con las manos juntas.

—Eso es, hija mía, eso es. Así debe purgar sus faltas. No hay nada que agrade más a Dios que la penitencia y si agrega el ayuno tanto mejor —aconsejó el obeso cura poniéndole su mano sobre la cabeza, a la vez que le hacía la señal de la cruz en la frente con el pulgar.

En los siguientes días de la semana, la hermana Melania trató de efectuar con normalidad los trabajos que realizaba comúnmente como la confección de hostias. Pero debido a que su mente estaba en otro lugar la mezcla le quedó muy aguada, consiguiendo que las hostias quedaran tan delgadas como alas de mariposa y se tostaran, quedando color café por calentar demasiado la prensa.

—¡Hermana Melania, por Dios! ¡Cómo se fue a equivocar! —le gritó descompuesta la hermana Josefa, encargada de la pastelería al ver que en lugar de azúcar flor una de las tortas había sido espolvoreada con bicarbonato. —¿Qué pasa por su cabeza?

En las misas cuando el cura hacía la prédica, ella, sentada junto a las demás novicias palidecía sintiéndose aludida en algunos pasajes del sermón. Veía al reverendo padre observándola desde el púlpito, inquisidor, lanzándole rayos por los ojos y duras recriminaciones solo a ella, a través del evangelio.

—¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, pues sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muerto y de toda inmundicia!

De noche en su celda Melania sentía arder su cuerpo, desvelada decidía salir a vagar por el jardín. Mala decisión ya que la luna llena, el perfume de las flores y las sombras alargadas de los árboles la alteraban aún más. Volvía a su celda, e imaginaba que lo veía entrar, sentarse a su lado, contemplarla en silencio, sin tocarla. Ella quería que lo hiciera y que no fuera una aparición. Una mañana amaneció afiebrada.

—¿Por qué debemos permanecer solas, Madre Anchila? Se nos dice que la soledad es necesaria para alcanzar la santidad. Se olvidan que las tentaciones son muy grandes —deliraba.

—Hija mía, son preceptos necesarios para nuestra congregación. Debemos acatarlos —le comentó la monja mientras aliviaba su fiebre con paños fríos y una tizana.

Llegó el sábado y la hermana Melania se ofreció para entregar los pedidos. Vio llegar a Jean Pierre, esta vez en cuerpo presente. Las hormonas se le revolucionaron.

—Así quedó su torta, ¿le gusta señor?

—¡Mucho! No veo la hoga de comeгла.

La hermana Melania y el hombre se acariciaron con miradas culpables, veladas. El envoltorio desfallecía, ella se resistía a aceptar lo que estaba sintiendo. El papel se le arrugó, la cinta de cartón se soltaba, el hilo se le enredó. Cuando le pasó el paquete las manos se rozaron por abajo y los ardientes dedos se acariciaron y se entrelazaron.

La Madre Anchila y las demás hermanas, solo alcanzaron a ver una punta del hábito de la novicia saliendo por la puerta acristalada. Les pareció que debió ir a realizar una entrega personal. Eso es lo último que supieron de ella.

Frente a la puerta del vuelo 457 de Air France con destino a París, la Hermana Melania recordaría el preciso momento en que su vida cambió, por una milésima de segundo creyó arrepentirse... pero el amor fue más fuerte.

Feliz y del brazo de su amante se le vio ingresando por la manga al avión que la llevaría sin escalas, a Francia, a París y a la felicidad.



Astrid Tapia van Oordt
Santiago, 1947

Historias de amor y desencuentro

1. Adolescencia

Todo andaba bien en mi vida hasta que, con dieciséis años recién cumplidos, ingreso a la Universidad Técnica con mi inocencia y cándida ingenuidad de transparente escudo. Una vez ahí acepto participar en el movimiento estudiantil “Universidad Para Todos”, liderado por Alejandro Yáñez, fogoso orador ante cuyos pies caigo fulminada. Juntos marchamos por la alameda y hacemos un sit in que dura hasta que los carabineros nos azuzan sus perros policiales y corremos a sentarnos en la panadería-café San Camilo, donde las garzonas nos pasan tazas vacías para simular que somos clientes del lugar.

Recorremos diarios, radios y somos entrevistados por irónicos periodistas. Maduro al sol de la revolución, aprendo de un suácate el Manifiesto Comunista y tarareo La Internacional ante el espanto de mi padre socialista y de mi madre católica. ¡La niña se ha vuelto loca! Y a pesar de todos mis esfuerzos, de asistir a los Sábados Rojos y cantar la Catalina y Que Culpa Tiene el Tomate, nunca recibí ni el más mínimo gesto de atención de mi idolatrado líder estudiantil. Sin embargo me lo encontré en una reunión hace algunos años y, para mi sorpresa, me reconoció muy amorosamente. Me había guardado en el recuerdo.

2. Juventud

A Miguel, mi compañero durante dos décadas y media, padre de mis hijos:

La impresión que tuve al conocerte puede ser comparable a la que tiene quien cae subyugado ante un rayo que se estrella en el suelo a escasos centímetros de su nariz. Mi cuerpo entero se estremeció y desapareció mi paz interior como por arte de magia a mis escasos dieciocho años.

¡Todo iba muy bien en mi vida hasta que te conocí!

La inquietud por ir a verte al estadio de la Universidad Técnica era insoportable y cuando estaba a tu lado era para escuchar tus historias de infancia desvalida, niñez desprotegida y adolescencia callejera que me parecían fascinantes. Tus triunfos en atletismo, tus copas y medallas te adornaban cual dios del Olimpo y tu corona de laureles me cegaba bellamente; nunca atisbé ni por un instante tus pies de barro, ni siquiera cuando me reuní contigo en el exilio, donde de a poquito, durante nueve largos años, se fue develando que no todo lo que brilla es oro.

Al retornar tuve que despertar, en la reinserción fui tomando consciencia de mi ceguera y me quedé convaleciente después del tremendo porrazo, con mis hijos dependientes y la tarea de reconstruir la democracia, aún a medio hacer.

3. Adultez

Nada iba bien en mi vida a inicios de los 90 cuando conocí a Víctor, mi antihéroe ante cuya morena presencia se me ablandaban las encías, languidecía entera y me venía una urgencia indecorosa con solo verlo caminar a la distancia. Es el amor de mi vida, musitaba quedita con la mirada pegada en su cadencia al caminar. Hasta que un día me habló en la calle y, en el curso de unos días me encontré con él en un hotel, aterrada ante mi locura, dejándome convencer de que no había peligro alguno ni de sida, ni de maltrato.

Me entregué como cabra de quince, a mis casi cinco décadas, y disfruté de una terapia sexual increíble durante varios años hasta que me comunicó que se casaba. Anduve entonces como zombi por la vida, con la tristeza pegada a los huesos mientras mi sexo clamaba por volverlo a tener. Era tanta mi desazón que decidí fugarme, irme a vivir a otro país, poner tierra de por medio para calmar mi calentura. Fui aceptada en un programa de intercambio y viajamos con mi hijo menor.

Al cabo de tres años, de regreso al terruño, cuando todo iba bien en mi vida, aparece el susodicho nuevamente, divorciado. Y, claro, las segundas partes nunca fueron buenas, poco duró la luna de miel del reencuentro.

4. Senectud

Y, ahora que todo anda bien en mi vida, espero conocer a alguien que me la desordene nuevamente.

El solapado cómplice

A veces todo va mal, nada resulta, el cuerpo me pesa, me invade un sopor increíble y solo deseo meterme en una piscina y nadar gozando de la deliciosa inmaterialidad del cuerpo grácil y ágil, acariciado por el agua apenas tibia. Respiro profundo y me yergo, sobreponiéndome. Estamos en septiembre, en vísperas de un nuevo aniversario del golpe militar y, como de costumbre en estas fechas, ando con el corazón oprimido.

El septiembre de mi infancia era alegre, colorido, amenizado por la parada militar que se llevaba a cabo en mi barrio, en el Parque Cousiño. A la parada militar asistíamos con mi abuelo para luego regresar a compartir una opípara cena en honor a las Glorias del Ejército, del cual él era suboficial en su calidad de sastre: "Nunca me gané el pan haciendo el paso regular", declaraba con orgullo. "Yo soy un profesional".

Septiembre de 1973 fue traumático para nuestra familia. Mi cuñado fue tomado preso en la Universidad Técnica y anduvo desaparecido por varias semanas, mi compañero y yo fuimos exonerados y nuestros amigos y conocidos sufrieron distintos vejámenes y abusos que nos afectaron tremendamente. La primavera pasó desapercibida y mi Alma Mater fue intervenida, mancillada por la autoridad militar.

Un gato negro se atraviesa grácilmente en mi camino y me advierte que hay peligro al acecho; agazapado tras un auto o un árbol el mal está presto a hacerse cargo y dañarme. Pero mis ángeles me defienden y guían mis pasos hacia la luz, el calor y la seguridad. Camino al filo de la navaja, confiando en que la fuerza de gravedad me estabilizará para no caer de bruces sobre el duro pavimento.

Entonces aparece el segundo gato negro, justo en la esquina de la librería donde dirijo mis pasos para comprar el libro "La Dictadura de los Sumarios" de Ximena Poo Figueroa, que me ha encargado Fresia desde Madrid. Raudamente desaparece el felino que me deja sobresaltada y, pensando en los estudiantes desaparecidos a quienes se les entregarán títulos póstumos en la Universidad de Chile, compro el libro en que son mencionados.

Gatos negros, años negros de oscuridad y dolor en Chile. Felizmente Fresia se salvó, pienso.

Continúo mi viaje a través del centro para despachar mi adquisición por correo y, luego, pisando firme con la satisfacción de haber cumplido con el encargo, me subo al metro donde desde una mochila se asoma la cabeza de un gato negro que me guiña el ojo amarillo, cual ilegal y solapado cómplice.



Francisco Abarzúa
Tregualemú, 1947

El cinturón blanco

La Población Balmaceda, que comenzó a florecer cuando ya se marchitaba el siglo XIX, y debe su nombre a aquel presidente chileno que no pudo terminar su mandato, tiene como seguramente todo barrio periférico, humilde y popular, algunas características que la hacen especial y única. Encerrada por el sur y por el este por la vía férrea y la estación de trenes, y por el norte y el poniente por el viejo canal de la Luz, cuyo nombre se conserva desde esos tiempos en que era el responsable de generar la energía eléctrica que Chillán necesitaba en sus primeros años.

Este popular barrio chillanejo fue nuestra cuna y escuela, sus casitas de adobes revocadas con cal, todas de un piso, con ventanas pequeñas,

como pidiendo permiso a la luz para iluminar sus pisos de tierra y tablas enceradas, con techos de fonolita o pizarreño tiznados por el humo y el hollín de los trenes. Con sus sitios amplios que en tertulias nocturnas se contaban los secretos de cordeles al viento, de overoles de obreros y delantales floridos, de aromas frescos de ciruelos, albaricoques y tunas espinosas.

Allí estaban nuestros hogares, ahí jugábamos por las noches al "Caman ahí", más conocido popularmente como "Paco pillado", y nos creíamos los Roy Rogers, Buffalo Bill, o Toro Sentado allá en el lejano oeste, montando briosos corceles y manipulando rápidas y ágiles pistolas.

Ese juego comenzaba en la noche, cuando las sombras nos ayudaban a ocultarnos entre las ramas de los árboles, los sitios baldíos, o los carros vacíos y abandonados en el gran patio de la maestranza y de la estación, al costado de la cancha del Ferro. ¿El Ferro? El equipo de los tiznados, como todos le decían, con su camiseta a rayas verticales negras y amarillas, donde jugaba nuestro ídolo "Che René", el centro delantero, que jamás se quitó su larga manga blanca que le cubría el brazo izquierdo, y que nunca nos quiso revelar su verdadero motivo, diciendo simplemente que era su amuleto, el que le ayudaba a meterla adentro.

El grupo, o pandilla según las señoras, estaba conformado por algunos muchachos adolescentes, que transitaban esa bella época, como lo cantaban los Red Junior: "de los quince a los veinte", pero también menores, que apenas nos empinábamos sobre los diez años.

Entre estos últimos estaba el Nano. ¡Bueno! Así solo lo llamaban en su casa, porque en la escuela y para los muchachos de la calle era "El Pito de las siete", dado que su voz era tan aguda y estridente, como ese pito de

la maestranza vecina, con el cual se despertaba cada mañana la población a esa hora. Lo mismo ocurría conmigo, solo para mi mamá y hermanos era el Chundo, y para el resto "El Gorrión", apodo muy bien ganado un 20 de agosto, cuando impecablemente vestidos de Scout, nos preparábamos para ir a desfilar a Chillán Viejo, en honor al Padre de la Patria. Esa mañana pasó una bandada de gorriones sobre nosotros, y solo a mí me cagaron la cabeza y la pañoleta con la flor de lis dorada.

El Nano era mi yunta, además de compañeros de curso en la Escuela 16 (la misma a la que no le gustaba ir a la Violeta Parra); nuestras madres eran comadres y vecinas, tanto el uno como el otro entrábamos y salíamos, como Pedros por nuestras casas, de modo que la señora Leontina y don Heriberto, eran para mí como otros padres. Más aun yo, que el mío estaba un poco ausente, no por abandono o falta de cariño, si no por su trabajo.

Mucho antes que comenzaran las capturas de bandidos y las balas silbaran sobre los tejados, y realizadas las tareas escolares, eran infaltables las bravas y "picadas" pichangas con la redondita de medias y calcetines, en la cancha chica, si es que no estaba ocupada por las carpas amarillas de los gitanos.

Una tarde de agosto, con su clima cambiante, estábamos allí, casi ya decidiendo el último gol para determinar al ganador, cuando de la costa llegó rauda, con su cara tiznada, al igual que todo lo que rodeaba la maestranza, una enorme nube, que sin aviso previo ni pitazo, como hacían los trenes que llegaban del norte, del sur y de la costa; se descargó, como decía mi mamá, como si la tiraran con balde. Se dejaron sentir además potentes truenos y relámpagos.

Con el Nano atinamos a correr y nos fuimos derecho a los vagones vacíos, a esa hora, del tren ramal a Dichato y Tomé, estacionado en las cercanías de la cancha. Si bien aún la noche no llegaba, las nubes tan negras y cargadas de agua apuraron la oscuridad, de modo que al interior del coche casi no se veía nada, solo algunas luces lejanas de los andenes se colaban por las ventanas de ese costado, pero hacia el otro lado, donde quedaba nuestra población, todo era negro como su porvenir.

Nosotros siempre recorriamos y revisábamos estos coches una vez que terminaban sus viajes costinos, o esos otros vagones más elegantes del Expreso de Santiago, o del "Borracho" que venía de Puerto Montt, en busca de algo de valor o que nos llamara la atención y que hubiera quedado olvidado entre sus asientos. Nuestros principales trofeos eran las cajetillas vacías de cigarrillos, con las que confeccionábamos llamativos y vistosos cinturones. Estaban las más comunes, la Ideal, Particular y Opera; ya trofeo constituían las de Viceroy o Philip Morris ¡Ni hablar que apareciera una Marlboro! Con la imagen del vaquero y ese desierto rojo y lejano, era motivo de gran disputa.

Bueno, lo primero que atinamos a buscar entre los asientos fue algún pedazo de diario con el cual secarnos la cabeza, pero no había nada, el aseo ya se había hecho, de modo que como el aguacero no calmaba, más aun, se intensificaba, no nos quedó otra que tendernos sobre los largos asientos, tapizados con hule verde y afirmar nuestras caras al helado y empañado vidrio de las ventanas, mientras Los Iracundos nos ratificaban que: " Y la lluvia caerá, luego vendrá el sereno", desde los altoparlantes de los carruseles, en la avenida Brasil, al otro lado de la estación. Además de

Antonio Prieto y Lorenzo Valderrama que nos contaban que: "Martín tenía un Violín" y que el "Tiró su pañuelo al río, para mirarlo como se hundía".

Llevaríamos algo así como unos veinte minutos en el lugar, mirando los gruesos lagrimones de la lluvia y escuchando canciones de la Nueva Ola, cuando por el otro extremo del carro entró, muy apresurada, una pareja. Ella estaba cubierta con un grueso y largo abrigo negro, y él de un uniforme militar con capote. Se tendieron en los asientos, de modo que era poco lo que nosotros alcanzábamos a distinguir a la distancia, la lluvia repicaba como campanario de convento sobre el techo. Nos quedamos en silencio, nos hundimos más en los asientos, y comenzó a invadirnos una mezcla de miedo, curiosidad y misterio, dado que al parecer ellos comenzaron a quitarse la ropa, y al poco rato la mujer a emitir extraños quejidos y exclamaciones, por lo que llegamos a pensar que él la estaba golpeando, con lo cual aumentaba el miedo. Así que menos quisimos hacernos ver. Cada cierto rato levantábamos nuestras cabezas, pero solo alcanzábamos a distinguir algunas vestimentas que colgaban del respaldo del asiento.

Cuando las expresiones y exclamaciones se calmaron lentamente, seguidas de un silencio tenso, que nos pareció culposo, probablemente mi gripe mal curada, y la cabeza y espalda mojada se confabularon y me vino un acceso de tos que no pude controlar, a pesar que el Nano me tapaba con las dos manos la boca. Esto provocó que la pareja se asustara y salieran apresurados y a medio vestir, por la misma puerta por la que habían entrado. Se dirigieron en medio de la oscuridad con dirección a la cancha.

Una vez que nos percatáramos que ya no estaban, y nadie más había en el coche o en los alrededores, fuimos a ver el asiento recién abandonado,

encontrando en el suelo un cinturón blanco con hebilla dorada. Lo tomé, lo enrollé lo más que pude y lo guardé en mi bolsillo.

Casi una hora más tarde aplacó algo la lluvia, por lo que decidimos irnos a casa, aunque de todas maneras llegaríamos muy mojados.

La señora Leontina nos esperaba detrás de las cortinas, así que apenas nos vio llegar nos abrió la puerta y nos preguntó que adonde estábamos metidos en medio de ese aguacero, a la vez que nos llevó junto a la estufa, para que nos calentáramos y se nos secara la ropa.

—Bueno ¿Y dónde se fueron a meter ustedes con esta lluvia? ¡Me tenían con credo en la boca!

—Estábamos en la cancha terminando la pichanga, cuando empezó a llover tan fuerte, que no nos quedó otra que partir a guarecernos en los carros del ramal.

—Y todo este tiempo, ¿estuvieron ahí?

—Sí, pus mamá, si no paraba de llover y con los truenos y relámpagos menos nos podíamos venir.

Las madres tienen ese sexto sentido e intuición de las que Dios o la naturaleza las ha dotado, y al parecer ella leyó que algo ocultábamos o nos había ocurrido, más que sólo la intensa lluvia y los aterradores truenos.

—¡A ver! ¿A ustedes algo les pasó? Los veo extraños.

Nos miramos con el Nano, y no nos quedó más que contarle a la señora Leontina lo que nos había ocurrido.

—¿Comienzas tú o comienzo yo?— me preguntó el Nano.

—No, tú no más cuéntale.

Ella se acomodó en su sillón, se arropó con su grueso charlón de lana, y con la vista fija en el Nano lo urgió a que empezara a narrarle lo que nos había ocurrido.

—Mamá, como le contamos, cuando empezó a llover nos metimos en el carro, y estábamos ahí ya hace un buen rato.

Y Nano y yo le fuimos detallando paso a paso y con lujo de detalles lo que nos había ocurrido y habíamos visto. A medida que le contábamos noté que ella comenzó a sobarse las manos y ponerse muy nerviosa. Ya casi al final de nuestro relato, como para que no quedara duda de lo narrado, yo metí mi mano al bolsillo y le mostré el cinturón blanco con la hebilla dorada, dejándolo sobre la mesa a la vez que le decía.

—¡Y se les quedó esto!

En ese momento entró, desde las piezas del fondo, don Heriberto, terminando de vestirse, pues luego tenía que iniciar su turno de guardavías.

—¿Y estos pajaritos onde andaban? Mira, parecen diucas de mojaos.

—¡Estos cabros de porquería que se andan metiendo onde no corresponde y nadie los llama!

La señora Isabel se puso de pie y comenzó a poner la mesa y servirle la merienda a su marido, a la vez que nos decía que nos arrimáramos a tomar una taza de café. Nos acercó una panera colmada de sopaipillas calientes.

A los pocos momentos de estar “devorando” las sopaipillas y el café, se abrió la puerta de la calle, y entraron Victoria, la hermana mayor del Nano, acompañada de su pololo, el cabo Quezada, con su impecable y elegante uniforme militar, pero sin cinturón.

El Coronel González

La protesta de los camioneros estaba provocando serios problemas al gobierno y al país. Habían elegido el mejor lugar de la extensa Carretera Panamericana sur para atravesar sus camiones y, dejar a Chile, literalmente cortado en dos. Manuel Cancino estaba allí, no por convicción gremial o política, a él lo había mandado su patrón junto a otros choferes a sumarse al movimiento de los camioneros.

El enfrentamiento con los carabineros que llegaron desde Santiago y otros puntos del país fue duro y estos finalmente lograron doblegarlos. Luego restituyeron el orden, tomando gran cantidad de detenidos y restableciendo el tránsito y la normalidad en la carretera y en el país.

A un costado de la vía se agrupaban, en ordenada hilera, una gran cantidad de carros y buses policiales. En uno de estos buses se encontraban los detenidos y a pocos metros el cuartel móvil, una especie de casa rodante, donde eran trasladados uno a uno los manifestantes. Allí eran interrogados y se les confeccionaba una ficha personal con todos sus datos. Este trámite lo cumplía el coronel Manuel Antonio González Esparza, la máxima autoridad a cargo de todas las fuerzas policiales que el alto mando había dispuesto en la zona. El trámite se hacía rutinario y se prolongaba, dado la treintena de detenidos. Sin embargo esto tuvo un vuelco inesperado cuando ya más de la mitad de los manifestantes habían sido sometidos al interrogatorio del alto oficial.

—¿Nombre?

—Herminio Cancino, señor.

—No soy señor, el Señor está en el cielo, soy coronel de carabineros.

—Me llamo Herminio Cancino, señor coronel.

—¡Nombre completo! ¡Dos nombres, dos apellidos!

—¡Herminio del Carmen Cancino Guajardo, coronel!

El coronel González, que hasta ese momento no había prestado mayor atención a los datos que llenaba, de éste y los demás detenidos, ni tampoco en la fisonomía de quienes habían desfilado frente a su escritorio, se quedó en silencio observando fijamente a quien tenía enfrente, y haciendo una pausa, como buscando en su memoria alguna imagen o recuerdo perdido, sin quitar la vista de Cancino, agregó:

—¿Herminio del Carmen Cancino Guajardo? ¿Y de dónde eres tú?

—De Roblería, coronel.

—¿Roblería?... ¿Eso queda al interior de Linares, no?

—Exactamente, de allá soy yo.

—¿Y a ti como te decían cuando chico?

—Mincho me decían todos.

Nuevo silencio del oficial, que poniéndose de pie, y habiendo cambiado totalmente el trato autoritario, le hizo otra pregunta.

—¿Entonces tú debiste conocer a don Juan Antonio González Orellana?

—¡Claro! Como no lo iba a conocer, si él era de allá mismo y muy amigo de mis padres. Tenía como nueve hijos.

—¿Y te recuerdas del nombre de alguno de ellos?

—Bueno, me acuerdo también de algunas de ellas, como la Rosita, que era hartito linda, y del Mañungo, que era de mi edad, y con el cual nos mandaban a cuidar cabras pa' la cordillera en las veranadas.

—¡Yo soy el Mañungo, pues Mincho!

—¿No me esté hueviando!

—Sí, pos hombre, yo soy Manuel Antonio González Esparza, el que viste y calza.

El coronel hizo llamar a su ayudante, y le consultó cuántos detenidos quedaban por interrogar, respondiendo éste que alrededor de diez. Le ordenó continuar él con el trámite, y junto al detenido Cancino se trasladaron a otro vehículo más pequeño, donde cerrando la puerta, ordenó que les trajeran café y algunas galletas.

Sentados ahí en improvisados sillones, el coronel y su huésped comenzaron una distendida charla, mientras hacían recuerdos de aquellos años ya lejanos, cuando sus padres los mandaban con los arreos de cabras montaña adentro, apertrechados con caballos cargados con pilchas y alimentos para esas largas temporadas, que muchas veces sobrepasaban los tres meses. Hasta aquel último verano, que tan bruscamente vino a marcarlos, especialmente a Mañungo, cuando ambos no superaban todavía los quince años y que hizo que no se volvieran a encontrar más.

—Bueno, ¿tú recordarás perfectamente el caso del hijo de mi general Correa?

—¡Como me voy a olvidar de eso pues, Mañungo! Porque me imagino que ahora ya te puedo tutear.

—Por supuesto pues hombre, dime como mejor te parezca.

—Bueno, creo que en gran medida ese hecho fue el que a ti te cambió la vida por completo.

—Así fue no más, pues mi amigo Mincho.

El hecho referido había ocurrido en aquel ya lejano verano del 63. Cerca de Roblería, había un fundo cuyo dueño, un señor de la Sota,

acostumbraba llevar invitados, principalmente en verano. Ese año, su anfitrión fue el general director de carabineros, junto a toda su familia. En uno de esos días se organizó una cabalgata a la cordillera para todos, incluidos los niños y la esposa del alto oficial de la policía.

Uno de los hijos, intrépido, y sintiéndose todo un Alberto Larraguibel montando a "Huaso", se adelantó al galope, desentendiéndose por completo de las indicaciones que había dado el capataz del fundo que los acompañaba. Se comenzó a internar por otros senderos que los que estaban establecidos, perdiendo todo contacto con el grupo.

Finalizada la tarde, y viendo que el sol declinaba rápidamente, se decidió emprender el regreso, luego que los gritos y la búsqueda incesante del resto no habían obtenido ningún resultado positivo, y se había perdido todo contacto con el muchachito.

La angustia era total, la madre completamente desecha, debió ser bajada en ancas del capataz, dado que se le hacía imposible mantenerse erguida sobre la cabalgadura.

Llegaron a las casas del fundo ya totalmente de noche y en medio de un silencio sepulcral, que solo el roce de los cascos de los animales contra las piedras del camino, y los ladridos de los perros, interrumpía.

Se ordenó de inmediato la búsqueda, llamando a que se hicieran presente las mejores patrullas de rescate que la policía tenía, además de varios inquilinos y peones de fundo. El hecho cobró ribetes de drama nacional, dado que se había enterado la prensa, y los titulares en todo Chile colgaban de los kioscos y se difundían por las emisoras: "Extraviado en la cordillera hijo del director general de Carabineros"

Mientras esto ocurría abajo, a lo largo y ancho de la faja de tierra en que se extiende el territorio chileno, allá muy arriba en los contrafuertes y peñascos cordilleranos, tres jóvenes compartían el abrigo que les proporcionaba el resto de fuselaje del avión Douglas DC-3 que un par de años antes había caído y se había destrozado, con casi la totalidad del equipo de fútbol Green Cros, que regresaba de Puerto Montt luego de jugar allí un partido por la Copa Chile.

Bordeando la media noche del segundo día de búsqueda, guiados por la luz de la fogata, junto a los restos del avión destrozado la patrulla encontró a estos tres jóvenes, que en amena charla degustaban las sabrosas costillas de un chivo asado, y un mate que corría de una mano a la otra.

En las primeras horas del tercer día de estar desaparecido, la patrulla se hizo presente en el fundo del señor de la Sota, para cuadrarse frente a su general y entregar en sus manos, sano y salvo a su hijo adolescente. Lo que siguió a este final feliz, es a lo que momentos antes había hecho mención Cancino y que le había cambiado la vida a su compañero de arreos caprinos en la cordillera.

La familia del joven extraviado quedó tan agradecida del cobijo y protección que estos dos muchachos le habían prestado a su desobediente e intrépido hijo, que se reunieron con los padres de los dos jóvenes campesinos, expresándoles que les pidieran lo que ellos quisieran para poder compensarlos de algún modo. El padre de Mañungo le dijo al general que él deseaba que su hijo pudiera estudiar y ser algo más que cuidador de cabras. Por su parte los padres de Mincho no pensaron lo mismo, y le respondieron que ellos estaban ya viejos y pobres y que no querían que éste los abandonara, por ser de alguna manera el sustento del hogar,

además de estar un poco enferma ya la madre. Y que si algo le querían regalar fuera: “Lo que sea su voluntad”.

Y así fue como en marzo de ese mismo año Mañungo tomó el tren en la estación de Linares con rumbo a la capital, allí lo esperaban los Correa Mendoza en patota y en elegante automóvil de larga cola, llevándolo a compartir el amplio y cómodo hogar en el barrio alto de Santiago, bien cerca de la cordillera.

Mañungo vivió un tiempo con ellos, ingresó a estudiar en un liceo nocturno, y aun no cumpliendo la edad requerida, ingresó a la institución de las carabinas cruzadas, con el menor de los grados, iniciando una brillante carrera que lo llevó rápidamente a formar parte de la afamada guardia de palacio, y luego a cargos superiores, como el que hoy ostentaba, coronel, con aspiraciones de llegar al generalato.

Los recuerdos, el café y las galletas, le pusieron alas al tiempo, y un seco golpe a la puerta, seguido de un: “¡Permiso mi Coronel para hablar con usted!”, vino a devolverlos a la realidad, al borde de la carretera, que aun desprendía llamas y denso humo de neumáticos quemados.

—¡Mi coronel, están llamando del tribunal para que les enviemos los detenidos!

—¿Ya están todos empadronados?

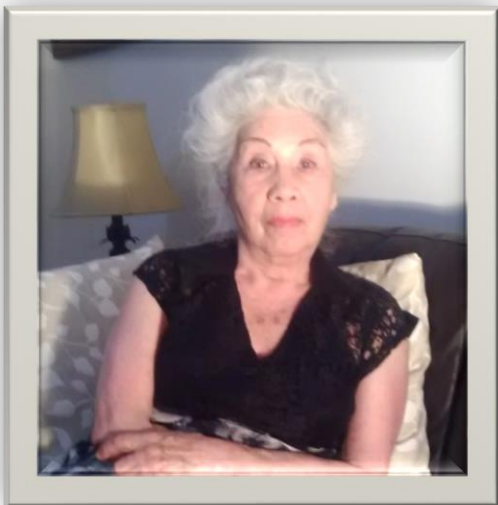
—¡Sí, mi Coronel!

—¡Voy de inmediato!

El coronel González y el chofer Manuel Cancino se fundieron en un emocionado abrazo. Cancino no hizo la más mínima insinuación para recibir algún trato especial o concesión que lo liberara de su condición de

detenido. El coronel a cargo de las fuerzas tampoco dijo nada más que un seco:

—¡Lléveselo junto a los demás prisioneros, teniente!



Elba Alarcón
San Antonio, 1937

La llegada del tren

Mi infancia y adolescencia las viví en Barrancas, dentro de una familia numerosa y pobre, pero feliz. Barrancas es un pueblo que está ubicado entre San Antonio y LloLleo, dentro de lo que ahora llaman la Quinta Región.

La rutina en la vida del pueblo la quebraba la llegada del tren a las 21 horas en punto a Barrancas y siempre había gente esperándolo. Pero el día jueves era especial. La mayoría de los adolescentes lo esperábamos con impaciencia porque ese día el tren traía la revista El Peneca que contaba historias de piratas, de príncipes y de reinos lejanos. Las ilustraciones eran de Coré, Themo Lobos y otros, y nos mantenían en ascuas hasta la semana siguiente, en que el héroe se salvaba del enemigo realizando proezas

increíbles y, que al final de ese capítulo a nuestro paladín del bien le tendían otra trampa, de la cual se salvaba otra vez en el siguiente capítulo, por supuesto.

Durante el verano la llegada del tren era otra cosa. Se convertía en un paseo obligado. Allí se citaban los pololos y aquellos que empezaban a coquetear. Los chiquillos más avezados fumaban el cigarrillo de moda Opera o Premier, aunque lo hacían escabulléndose entre la gente, por si algún adulto conocido los sorprendía e iba con el cuento a la familia. Algunos lugareños esperábamos a los veraneantes, a los invitados de nuestras familias que venían por sus vacaciones desde Santiago. Cuando pasaba el cartero trayendo el telegrama avisando la fecha en que llegaban los tíos y los primos, nos preparábamos para esperar en la estación. Y, arribado el día, nos adelantábamos y llegábamos mucho antes de la hora, de la pura ansiedad que nos embargaba.

El recorrido del tren partía desde Santiago y su destino final era Cartagena, el balneario más grande del litoral central y donde llegaba el mayor número de veraneantes. Entre esas dos importantes estaciones había otras trece, a saber, Maipú, Padre Hurtado (Marruecos en ese entonces), Malloco, Talagante, El Monte, Esmeralda, Melipilla, Leyda, Malvilla, LloLleo, Barrancas y San Antonio. Y el tren se detenía en todas ellas, aunque algunos de esos pueblitos eran muy pequeños. La parada más larga era en Melipilla, porque en ese lugar ya existían las "palomitas", mujeres vestidas de blanco que vendían merengues, sándwiches de pollo con palta y otros alimentos.

La espera del tren se nos hacía eterna. A unos pocos kilómetros de distancia se sentía el pito del tren, uh...uh, y ya más cerca se veía el humo

blanco que salía por la chimenea de la máquina a vapor. “Y el misterio de adiós que siembra el tren...”, reza el tango de Francisco Canaro. Siempre me emocionaba este espectáculo y me hacía volver al día siguiente.

Debo reconocer que aún me atraen mucho los trenes. Esa noche en que llegaban mis tíos y mis primas, era pura felicidad. Antes de que el tren se detuviera, yo y mis hermanos empezábamos a buscar en las ventanillas hasta que veíamos sus rostros sonrientes y sus manos levantadas saludándonos. Corríamos hasta encontrar la escalerilla por donde descenderían y, luego de abrazarlos, les ayudábamos a cargar los bolsos y maletas. Nos apresurábamos en llegar a casa porque sabíamos que, luego de saludar a la familia, se abrirían los bolsos y nos entregarían regalos que habían comprado en la ciudad especialmente para nosotros. Era una fiesta. Las habitaciones para las visitas ya estaban preparadas, todo impecable porque mi madre se esmeraba mucho por atenderlos. Esa noche se conversaba hasta tarde. Mis hermanos y yo felices por los regalos y los invitados expectantes esperando que amaneciera pronto.

Al día siguiente, apenas los invitados tomaban el desayuno, partían felices a ver el mar, la playa y a bañarse en el balneario “Montemar”. Con ellos íbamos los tres hermanos menores. El balneario tenía una terraza con mesitas y sillas donde se vendían bebidas, helados y sándwiches. Por los altoparlantes se escuchaba música de moda y en la terraza las personas podían bailar. Los boleros, tangos, rumbas y congas hacían furor. Alrededor de las 14 horas volvíamos a casa a almorzar.

Luego del almuerzo mis tíos dormían la siesta. Nosotros los chicos nos íbamos a unas dunas que estaban al llegar a LloLleo y nos revolcábamos en la arena hasta agotarnos. Después de la once comida los adultos jugaban

a las cartas, "escoba" y "brisca". Nosotros jugábamos al siete y medio y apostábamos porotos. Cada dos días más o menos íbamos al puerto, a la caleta a comprar pescado. Y mirábamos los barcos en el puerto, las lanchas, los botes llenos de pescados y mariscos que traían los pescadores. Hasta que, aunque nadie quería, llegaba el día en que los santiaguinos debían regresar a la ciudad y nos despedíamos con pena, pero con el consuelo de saber que al año siguiente se repetiría la aventura.

Al día siguiente todo volvía a la normalidad en casa, también regresaban la rutina y la tranquilidad de pueblo chico, de gente bondadosa y solidaria, donde podías jugar hasta tarde y nada te pasaba, donde una pelea callejera era conversación durante mucho tiempo porque era lo más grave que sucedía. Han pasado muchos años desde esa linda época que tuve la suerte de vivir. Después de un largo tiempo volví y recorrí todos los lugares de mi niñez y tuve mucha nostalgia y pena. El balneario "Montemar" murió junto con la playa. La estación de tren no existe, de hecho ya no existen los trenes casi en ningún lugar en Chile. Donde estaban las dunas hay poblaciones y más poblaciones con pequeñas casas. La caleta en San Antonio todavía está, pero la precede un gran edificio celeste, horrible, "Mall" les llaman ahora, y alberga un casino de juego. Por todos lados se ven containers que traen los barcos desde China, supongo. Bueno, debe ser el progreso...

En fin, es verdad que tengo 80 años pero aparte de ese detalle, puedo decir que tuve la suerte de conocer un balneario en todo su esplendor, jugué en las dunas y me reí hasta llorar, estuve en un puerto precioso y libre de contaminación y viajé en tren con máquina a vapor. Estoy al día con la vida. He sido afortunada.

El cumpleaños

Están todos reunidos en el living. Algunos sentados en sillas, otros en el suelo. Hablan despacio, casi susurrando. En la mesa de centro hay algunos vasos plásticos, bebidas y una botella de vino. Encima de la mesa lateral hay una torta que en su cubierta tiene escrita con chocolate la frase: "Feliz cumpleaños, Joaquín". Dos velas que juntas suman el número 53 coronan el centro de la torta.

Yo, como dueña de casa y esposa del cumpleañosero, voy y vengo sirviendo té y café. Desde la cocina escucho las risas mientras comentan que el cumpleañosero hace tres años que está cumpliendo 53 años. Pero las risas son interrumpidas por fuertes golpes en la puerta. Antes de que alguien abra, unos tipos con metralletas echan abajo la puerta y entran vociferando y sacando a todos a culatazos. Yo estoy detrás de la puerta de la cocina, temblando y casi sin respirar. Espero un largo rato que me parece eterno. Al rato después, un vecino me llama a través de la pared que separa el pequeño patio de ambas casas y me dice que debo irme de ahí porque quedarse es muy peligroso.

—Por esta noche puede quedarse con nosotros, pero mañana debe buscar algún otro lugar, Jovita. Yo estaba mirando a través de la ventana y vi que los subieron a un camión.

Yo no paro de llorar, siento que me ahogo y, dando un salto, despierto con pánico pero aliviada, tuve una pesadilla. Me incorporo en la cama y escucho la voz de Joaquín que me llama porque ya está casi todo listo para la celebración del cumpleaños de nuestra nieta Monserrat, que hoy cumple 21 años.

—¡Ya voy, me visto y estoy enseguida con ustedes...!

Pasan unos segundos.

—¡Ya pues mamá...no sea remolona!— me grita desde el comedor Cecilia, mi hija mayor, que está atareada recibiendo a los amigos de Monserrat.

Escucho un llanto de niño.

—¿Martín está llorando?

—Lo que pasa es que quiere que lo tome en brazos, pero no puedo porque estoy terminando de poner la mesa y los invitados ya están llegando... —me contesta mi nuera.

—¿Y qué pasa con el papá?

—Jorge fue a buscar la torta, Jovita, pero no se preocupe, porque le pasé un globo a Martín y ya se tranquilizó.

—Ah qué bueno ¡Voy para ver si puedo ayudar en algo! ¡Enseguida estoy con ustedes, niños! —grito hacia el comedor.

Salgo de mi habitación y me encamino al comedor, pero en el comedor no hay nadie. Me pongo nerviosa, sigo caminando. Paso a otra habitación, luego a un pasillo largo y me percató que es una casa vacía. Miro por un ventanal hacia un hermoso jardín que nunca había visto antes. De pronto me doy vuelta y diviso a un joven con un delantal blanco que viene corriendo hacia mí. Me toma de un brazo.

—Jovita, ¿qué anda haciendo por acá? Hace rato que la estoy buscando. Todos la estamos esperando para cantarle el “feliz cumpleaños” y para que apague las velitas. A ver, Jovita ¿cuántos años cumple hoy día? ¿Se acuerda? ¡Cómo no se va a acordar, pues!

Yo lo miro sin responder....



Carmen López
Santiago, 1956

Mis mujeres

Mi historia familiar es un matriarcado que ha existido desde la bisabuela Custodia, la mujer más antigua que conozco de la familia. Las mujeres de la familia materna han sido fuertes, dominantes, autosuficientes y autoritarias: unas brujas castradoras, como se dice ahora.

No tengo experiencia vivencial de abuelas, murieron antes de mi nacimiento. Así que las conozco de oídas, por fotos y por historias. Historias que he ido engranando en el tiempo, contadas por las tías-abuelas, primas, empleadas, vecinas y amigas. Siempre han sido mujeres las narradoras, parece que a los hombres no les interesara de dónde vienen. ¿Será así?

Algunas de las historias las robé escondida, escuchando casi sin respirar, para no delatar mi presencia, y perderme esos secretos familiares, que se suponía no debía escuchar.

La bisabuela Custodia era profesora, lo que era muy prestigioso en esos años y bien pagado. Hizo sus primeras clases en la escuelita del fundo

donde vivían. Me contaban que le pagaban con monedas de oro, para graficar la abundancia del salario. Y era doña Custodia, lo que equivalía casi a un título honorífico. Era muy respetada y le consultaban infinidad de cosas. Mi madre me contaba que había un peón llamado Próspero, eran otros tiempos y se usaban estos adjetivos como nombres, como la tía Bienvenida, por citar un ejemplo. Él era el dentista del fundo, sentaba al inquilino adolorido, y le pasaba una botella de aguardiente, la anestesia, hasta que don Próspero le tenía que quitar la botella. Con un alicate grande del taller le sacaba las muelas y tenía muy buena mano, decían, y lo graficaban contando que nunca se les infectaba. Si se avivaban, decían que les dolía para obtener algo más del líquido mágico.

Luego, para doña Custodia, llegó el amor a su corazón, y siguió a su marido, el bisabuelo Eugenio, a Santiago. Junto con ella se vino su hermana menor, no sé si a ayudarla en las labores del hogar, o aprovechando esa oportunidad de escapar que le ofrecía la vida, a través de su hermana. Y se comentaba en la familia que eran tan hermanables que compartían todo, incluyendo al marido. Ese "todo" dicho en tono especial, recalcado y acompañado de una mirada especial, conspiradora. Nunca pude obtener un testimonio creíble de estas habladurías.

Se establecieron en un barrio residencial, cercano al centro de Santiago, a pocas cuadras de donde terminaba la ciudad. Me contaban que cuando llegaron había potreros a pocas cuadras, y establos, así que no extrañaban tanto el campo en que habían vivido buena parte de sus vidas.

Les tocó vivir la Guerra del Pacífico, entre los años 1879 y 1893, cuando se enfrentó Chile contra Perú y Bolivia. La llamada Guerra del Guano

y el Salitre. El salitre, el guano y los minerales fueron las tres causas económicas más importantes que dieron lugar a esta guerra.

Así que el bisabuelo Eugenio partió a la guerra militar, para defender y salvar al país. Y ella, doña Custodia, a la guerra familiar y casera, del día a día, con diez hijos y una hermana que mantener y proteger.

La hermana cuidaba la casa y atendía a los sobrinos; y la bisabuela pasó a ser el "hombre" de la casa, proveedora de alimentos, distribuidora de autoridad y de los castigos correspondientes. Con ella no había premios, porque hacer los deberes, y bien, era lo esperado.

Cuando llegaba del trabajo era servida por su hermana e hijas mayores. Comía sola, ya que se suponía que debía descansar. Y luego venía la hora de la verdad, cuando se sabía el mal o buen comportamiento de cada uno de los hijos. Todos sus hijos le temían, y cuando ella se iba a trabajar era un alivio y recreo para todos. Incluyendo para la tía Carmen Rosa, la hermana cuidadora, de quién heredé el nombre.

En cambio, cuando salía la tía, debía hacerlo a escondidas, ya que todos lloraban y querían ir con ella. Nadie quería perderse esas salidas, así que hacían méritos para acompañarla. Y ella lo instauró como premio al mejor comportamiento. Significaba que había que estudiar, colaborar en los trabajos caseros, las compras y tener un buen trato entre los hermanos. Así lograba la armonía familiar. Cuando alguno de los sobrinos se portaba mal, lo mandaban al patio a hacer hoyos, hoyos chicos, hoyos grandes, hoyos gigantes, según fuera el enojo. ¡Parecían conejos! Nunca supe si ocuparían los dichosos hoyos para algo más que para hacerlos.

Esto duró varios años y, cuando terminó la guerra, el bisabuelo volvió a su casa, pero el puesto de mando ya no volvió a salir de manos de doña Custodia, hasta que ella misma lo entregó, cuando falleció.

Primero falleció el bisabuelo, duró poco una vez acabada la guerra, ya sin cargo oficial, ni cargo en la casa. Parece que se murió de pena al ver que no era necesaria su presencia en ninguno de los dos mundos. Ya todos conocían sus historias de guerra y no querían escucharlas por enésima vez. Me gustaría saber qué pasó con sus medallas y espada.

Hasta hoy está presente el bisabuelo Eugenio, en algo más que recuerdos. La última hija viva, de 96 años, recibe mes a mes, la pensión ganada por la lucha del bisabuelo en la Guerra del Pacífico.

La abuela materna fue un fantasma, hasta su nombre se ha borrado en el tiempo. Conocí parte de la historia, cuando ya llevaba varios años fallecida mi madre. Era uno de esos secretos familiares bien ocultos y de los que no se hablaba nunca. Ella era una de las empleadas de la casa, y tuvo amores con uno de los diez hijos-sobrinos. Él era el administrador del fundo, y muchos creían que era el dueño, porque los dueños no iban nunca, y él aceptaba esta equivocación. Le daba más prestigio y seguridad. Mi madre me contaba que la dueña del fundo tuvo su primer hijo y la asistió una comadrona, lo que ya era un lujo en esos años. Quedó tan traumada con la experiencia que nunca más quiso vida marital con su esposo. Y éste debe haber sido muy bueno, porque aceptó esta situación y al poco tiempo se fueron a la ciudad para no volver. Ahora que escribo esto pienso que tal vez haya "otras" razones para esta fácil rendición del marido. "Otras" dicho con tono especial. ¡Somos muy perras las mujeres! Con perdón de las perras.

Esta abuela olvidada y escondida concibió, parió y entregó a su hija, mi madre, a la tía, que hizo las veces de madre, obligando a su sobrino Carlos a hacerse responsable de esa hija inesperada, fruto de pasiones escondidas, desiguales y ardientes. Ella partió y dejó su hija como prenda, desapareciendo en las sombras protectoras de la noche, sin despedirse y sin aviso. Nunca más se supo de ella.

Me admira la fortaleza de esa tía-madre para hacer lo que creía correcto. No es fácil portarse bien. Es difícil ser caballero decía un amigo de mi madre.

Cuando falleció doña Custodia, la tía-bisabuela siguió el ejemplo de su hermana, aprendió bien el papel; así que de una dictadora pasaron a otra. No hubo mayor diferencia para mi madre. No se aceptaba la flojera, ni el amor, ni las risas, menos el ocio puro y sencillo de no hacer nada. El descanso era pecado mortal y métele misas y penitencias. Por todo, ¡hasta por si acaso!

Mi madre me contaba que antiguamente en Semana Santa, era toda la semana feriado; pero era feriado santo, así que había que caminar despacio, no se escuchaba radio, ni se hacían comidas sabrosas. Era de puro sufrimiento. Al parecer la santidad no iba junto a la alegría ni la diversión.

Doña Carmen Rosa crio a mi madre como a un hombre, tal vez pensó que así su vida sería mejor, el mundo era de los hombres en esa época, y aún. Así, mi madre pudo estudiar, gran privilegio en esos años. No era lo común que las mujeres estudiaran. Ellas debían estar en casa siempre, salir solo a misa, o a otra casa familiar, conocida y segura. Iban a misa y a procesiones para hacer vida social y obtener el premio mayor de un novio o marido. Claro que a veces les salía el tiro por la culata y obtenían su

domingo siete, para horror de sus madres y familiares. De allí, con algo de suerte, venían los hijos prematuros sanos y rollizos de grito fuerte acusando el placer adelantado.

Mi madre tuvo una educación que le abrió puertas y le abrió la mente. Conoció otros mundos. Pero igual llevaba el germen del matriarcado. Se casó cuando murió la tía-madre, que no aprobaba al candidato y duró poco. No tuvo suerte, razón tenía la oposición de la tía. "Te lo dije", se habría escuchado si hubiera estado viva. Su marido, mi padre, era alcohólico y golpeador. Estoy convencida que gracias a la crianza que tuvo, pudo dejarlo y ser una mujer "separada", cosa terrible y muy mal vista en esos años. Y pudo hacerlo, a pesar de lo enamorada que estaba, pero se dio cuenta que era una relación insana, dañina y tóxica. Que la lastimaba a ella y que arrastraba a su ahijada, que era como su primera hija, y a mí, su única hija, y su tesoro como decía ella. En realidad decía "mi banco", pero esa es otra historia.

Todo esto ha pasado en la casa familiar, dónde aún vivo, y siento que soy la continuación de esas mujeres fuertes, valientes y luchadoras, que han debido tomar las riendas de su vida y de su familia, por una u otra circunstancia. Y más de alguna vez he pensado que mi madre tenía razón, que la casa no quiere hombres habitándola. Y se encarga de alejar las presencias masculinas. Hasta las mascotas son hembras.

Hay una profusa historia de tías viudas, de mujeres separadas habitándola y de hijos que se van a hacer sus vidas lejos de ella. Y hoy sigue esa tradición conmigo, estoy divorciada cuidando la casa y los fantasmas amigables que la habitan, son mi compañía.

Cita con mi padre

El día que supe que mi padre biológico había muerto, tomé la decisión de conocerlo, aunque fuera en esa circunstancia: muerto y en el cajón.

Aunque ya no hubiera posibilidad de alguna relación normal, de una interacción real con esa figura fantasma, desconocida e innombrable en casa. Innombrable, porque era el punto de partida de amargas discusiones, y sin sentido, con mi madre. Ella no entendía esa necesidad mía de hablar de él, no entendía que era mi manera de conocerlo.

Ella lo sufrió vivo, según me contaba en monólogos llenos de rabia y rencores no asumidos. Era su historia de vida con él, que era cierta y válida para ella, como mujer, persona y madre. Fue una mala historia para ella.

Pero para mí no había historia, ese padre no existía; por muchos años ni siquiera lo había pensado, ni añorado ¿Cómo podía? No se añora lo que no se ha tenido. Si no lo conocía. Ni en una foto, ajada y perdida en el tiempo, esas en que nadie reconoce a la persona retratada, ni recuerda la ocasión en que fue tomada. Oscuras y feas.

No lo conocía ni siquiera por historias, ya que era nada, no existía en nuestras vidas. El viejo cliché del padre separado que abandona a sus hijos con mucha facilidad, como si nunca hubieran existido. Desechados. No recuerdo mi sentir cuando me enteré de la muerte de mi padre, ni recuerdo cómo me lo dijo mi madre. Sólo recuerdo que partimos en una de esas grandes micros antiguas, repleta de gente, de malos olores, de malos humores, y sin recambio de pasajeros, las personas apernadas a sus asientos con caras serias, asustadas y amargadas, en sincronía con mis sentimientos.

Parecía que no había final de recorrido, no llegábamos nunca, un viaje eterno y silencioso. Después de lo que me parecieron horas llegamos a la casa de la tía Melania, hermana de mi padre, donde había vivido de allegado, y donde era el velatorio. Entré y me sentí como suspendida en el aire y en el tiempo. A medida que entraba las personas preguntaban quién era yo, y les decían: “Es la hija”. Más sensación de irrealidad... ¿Hija de quién?

No lo había conocido, tenía 2 añitos cuando mi madre lo dejó, muy enamorada, pero se dio cuenta que era una relación tóxica, que nos destruiría. Fue solo padre biológico, porque padre es el que cría y está presente día a día, se ensucia con la caca, recoge y consuela después de la caída, gasta su dinero en pañales y ropas enanas para un ser gritón, insaciable, dominante y demandante, un pequeño dictador. Las alegrías y maravillas de tener hijos que conocemos en plenitud y cruda realidad al tenerlos de cuerpo presente. ¡Cuando ya no se pueden devolver!

Avanzaba y me abrían camino hacia la zona central, hacia el protagonista de esa historia fúnebre, al cual por unos momentos le robaba su papel principal. Es la hija. La única que tuvo. Que estaba en la Universidad de Chile. Sacó buen puntaje. En una carrera de élite. Que ganaría mucha plata cuando se recibiera. Para la que el finado juntaba plata. A la que le compraría un auto nuevo. Que iría a verla cuando se titulara. Que llegaría con el auto. Que era muy inteligente y estudiosa. Muy señorita. Que no vivía en la población. Es bonita. Se ve bien vestida. Es fina, pituca. Pero no es pesada, ni creída. Pobrecita, queda sin su papá.

Hasta ahí puse atención. ¡Nunca supe como sabían todo eso! Ahí iba yo, chica, flaca, de pelo largo y liso, representando mucho menos edad de la que tenía, vestida con unos pantalones y blusa sencillos, observada por

todos, que esperaban mi reacción. El piso era de unas tablas feas y miserables. Las personas se veían miserables. Las paredes con las marcas de los cuadros sacados apresuradamente para esta ocasión especial. Un quiero y no puedo, vestido con la dignidad del momento, la dignidad de la muerte. Cuando al fin llegué, estaba en un estado tal, que no sentía ni pensaba nada. Tanta historia y para eso.

No sentir, no pensar. Vacío. Y las personas dándome su pésame, diciendo que era un hombre tan bueno. ¿Habrá algún muerto malo? Y yo, en un acceso de risa nerviosa, contenida y sofocada, pensaba... ¿Qué hago aquí? No siento pena ni dolor, y estas personas consolándome.

No hubo un cambio mágico, ni algo especial que cambiara mi vida después de conocer a mi padre, que la tocara cual varita de hada madrina. En ese momento descubrí que era yo la importante, yo y mis sentimientos; los míos, por la vida, mi vida, y por las personas que a mí me interesaban. No las que se suponen gravitantes, como el padre. Mientras creyera en mí, todo estaría bien.

Salí de esa humilde pieza dejando atrás un fantasma, a mi padre fantasma. Ni recuerdo su cara. Se diluyó en el tiempo. Y seguí con la misma vida, la de siempre.



Inger Fresia Kock Nickelsen
Concepción, 1940

De nuevo es sábado

Tal como dice en la libreta de tareas, en la mañana tuvimos clases, unas horas en las que los alumnos estamos enfermos de tanto desear estar en casa, lejos del colegio. Sobre todo los que vivimos en pensión o donde parientes, no con nuestros padres. Pero esta es una mañana fácil, tenemos Labores y Gimnasia, y las clases de Alemán, y luego de esas seis horas nos vamos a casa del abuelo a almorzar, pasar la tarde e ir a la estación.

Llegamos con mi hermana cuando ya todos han almorzado, el abuelo está doblando certeramente por los dobleces su enorme servilleta, nos sonríe, y sus hijos, el onkel Peter y la tante Fechen, lo acompañan puerta afuera, pasillo adentro. Solo resta ahí el Lorenz, el marido de la tante Fechen, a quien al parecer le resulta más divertido quedarse con nosotras, que respetar en su departamento en esta enorme casa la siesta de su señora y de su bebé. Se queda disfrutando lentamente su postre, al parecer sin interés en el mundo. Observa con fruición el plato de leche asada, y va

contribuyendo cucharada por cucharada a crear en él acantilados hundidos en una salsa dorada, los que se pierden luego en su boca. Y sigue con sigilo, maneja la cuchara hacia el siguiente bocado. Sospecho que juega para entretenernos.

A su lado tiene un gordo libro, y ya sé que no es tal, sino una colección de revistas, ya me las ha mostrado. Hojea en ellas, y mientras nosotras vamos comiendo ávidamente el almuerzo según cómo la empleada nos disponga los platos, le voy preguntando. Y sigo preguntando, y no lo trato de onkel, porque lo conocemos hace años como parte de la patota de los tíos y ahí él es el Lorenz, tal cual. "¿Qué estás viendo ahora? ¿Tienes la continuación? ¿Termina ahí la historia en ese tomo de la colección?". Y según las respuestas que me lanza muy divertido y contagiado por mi entusiasmo, inquiero: "¿Tienes otro tomo? ¿Me lo prestas?". Ya conocemos las hermanas el Peneca desde que sabemos leer. Es decir, yo sin saber leer ya veía las revistas, cuando llegaba mi hermana Elsula de Concepción a la parcela, los sábados, con el papi y con el Peneca infaltable, urgente, deseado. Ella siempre se reservaba la primera lectura para sí. Ahora quizás no necesito esperar sino el beneplácito de Lorenz, para tener en mis manos ese tesoro de muchos ejemplares, los cuales leer, leer, leer.

Mientras, él ha terminado su postre, y dispone la silla de tal modo que pueda columpiarse en ella, apoyándola sólo sobre las patas trasera, algo de muy mala educación, pero que a él pareciera complacerle enormemente, pues me lanza una sonrisa de complicidad soberana, y le pide a la empleada que nos traiga nuestros porotos: "Niña, por favor, me trae otra tacita de café. ¡Una fue muy poco!". La joven no está contenta con

el doble trabajo que significan dos turnos de almuerzo; siempre nos tocan a nosotras las nietas comidas recalentadas, a veces algo frías, y ahora está este señor aquí, en la casa, el marido de la señorita, dando más trabajo. Lo mira un poco desconcertada, porque en verdad él es amable y hasta divertido. Cansinamente llega después de un rato con lo solicitado. El tío le lanza una graciosa mirada y al fin apoya su silla en cuatro patas para servirse café. Y mientras me cuenta de su padre, de los Penecas, de las encuadernaciones cada año, el gran regalo de Navidad.

Mi hermana se retira después del postre, tiene que organizar su bolso. "Voy pasar el fin de semana con Sylvia Welkner. Tú te vas donde la mami". Sylvia es su compañera, vive cerca y la ha invitado. Yo deberé ir sola a Manquimávida, entiendo ahora, recién en este momento. Pues, no es la primera vez, y como siempre, no me gusta. El Lorenz parece sentir mi aprensión, y me ofrece organizar un préstamo de revistas, me dice que lo acompañe al teléfono que está en el vestíbulo, y ahora llama a su madre. Voy entendiendo que el paraíso se está acercando con esta llamada, palabra a palabra.

"Ya", me dice luego, dejando el auricular en sus ganchos. "Listo. Te vas más temprano a la estación ¡Ojo! ¡Te bajas en el paradero de la San Martín! Subes a las cuatro a la casa de mis padres. Ahí mi madre te entrega un ejemplar encuadernado". Mi corazón late desde ese momento más rápido, y lo sigue haciendo hasta que estoy efectivamente con mi bolsón a la espalda tocando el timbre frente a la puerta de vidrio de los Vogel, mirando las hermosas garzas en el cristal. La redondita y amable señora me abraza: "Komm doch rein", me invita a pasar, y paradas ahí junto a la puerta, por el tiempo que urge, me entrega, junto con un ejemplar empastado de

los Penecas: "para el tren", un pedazo de kuchen envuelto en servilletas de papel. Me parece todo perfecto, incluyendo su invitación para futuras visitas similares. "Cuando me traigas este tomo, te doy otro, ¿qué te parece? Y te quedas más rato, comemos kuchen y conversamos". Más bien invita que pregunta. Su actitud me llena de contento. "Y aquí, ten esto. Para tus gastos", me dice entregándome una moneda.

Me encamino hacia la estación de trenes, debo apurarme, porque ha comenzado a llover, por suerte que con suavidad. Con la moneda extra que me ha regalado la tante, entro en la gran e iluminada sala de primera clase. Reviso mis trenzas, están solo húmedas, no estilan agua. Bien por mí. Por lo general entramos en la sala de tercera, que es más oscura, triste, y ante todo, no tiene como aquí esos enormes murales que llegan hasta el techo, que ahora como otras veces observo fascinada desde la fila frente a una de las ventanillas. Las escenas muestran figuras gigantescas, un arcoíris, un reloj que sé leer hace tiempo, algo de vegetación, hombres y mujeres, una de ellas tiene puesto un brazo alrededor de un niño. Es como ciclópeo, pienso, tan enorme, y solo tengo claro que representan a la región del carbón. El papi siempre me explica el mundo.

Alguien me habla: "¡Te toca!". Me sobresalto, vuelvo la vista al piso de esta sala, y ya debo adelantarme, el hombre delante de mí se está retirando, hay apuro. Compró mi boleto: "Uno a Manquimavida", pido, meto la mano debajo de la rejilla de bronce, brillante y ornamentada, retiro el vuelto y el ticket de cartón. La señora me pregunta: "¿Viaja sola?", y me asusto, pero asiento con la cabeza, pues nadie debe saber que sucede eso, que ando sola. Salgo del recinto al andén, orgullosa le muestro mi boleto al revisor que vestido con su uniforme azul oscuro me trata como a un

adulto. Casi no puedo esperar a estar sentada cómodamente en ese carro de primera, leyendo todo el trayecto. Estoy bajo la marquesina, es de noche cerrada, veo que verdaderas cortinas de agua caen en raudales sobre los rieles.

Entra el tren, bufando y acalorado, pienso, divertida, echando vapor de agua y mostrando todo su poder. Me subo al ansiado carro de primera clase, busco un asiento de ventana, pero ya no lo hay. Me ubico junto a un señor con poncho negro de manta de Castilla. Pongo mi bolsón debajo del asiento para tenerlo a mano, pues ya sé que a veces la bajada es apurada. Y por lo demás, no alcanzo la rejilla para poner las cosas allí arriba.

Y ahora entro al placer, abro el libro, miro la primera revista y elijo seguir los capítulos sobre mi héroe favorito con su perro pastor alemán. Al margen de mi realidad lectora, noto que el tren parte, me parece que todo sucede normalmente alrededor. En algún momento aparece el inspector, alto, con su gran panza. "¿Viene sola?", me pregunta; creo que conoce a mi papá, de modo que me ubica. Por eso preguntará, pienso para mí. Con el ticket agujereado ya en el bolsillo de la chaqueta del uniforme, sigo leyendo. Voy de una revista a otra, entremedio de este hojear voy disfrutando de la idea de leer más historias, esta y aquella, que todo este tesoro está en mi fin de semana, ¡que el domingo será la gloria!

En algún momento levanto la cabeza, pues entiendo de pronto que no estoy en casa, sino en el tren. Lo que me ha sacado de mi lectura es que el tren se ha detenido, mi cerebro me dice que no por primera vez. El hombre a mi lado, sumido en su asiento, dentro de su gran manta, cubre casi toda la ventana. Además, esta está totalmente chorreada por el agua del vapor condensado, como siempre cuando llueve y es invierno. Me

desespero algo, ¡así no sé dónde estamos! Todo en el hombre es negro, su sombrero, que lleva puesto, y sus grandes bigotes. Le quiero hablar, preguntarle por la estación, pero veo que tiene los ojos cerrados. También es negro todo lo que veo detrás de ese vidrio empañado. Me estiro con un “con permiso”, para limpiar el agua del vidrio más allá del señor, tengo que inclinarme por delante de él, es algo engorroso, me toma tiempo. Y cuando al fin veo algo afuera, entiendo que, por las luces, se trata de la estación de Chiguayante. Vuelvo a sentarme con un enorme suspiro de alivio, el hombre no ha abierto los ojos. Faltan dos estaciones, luego me tengo que parar, es en la tercera. No hay luces, son simples paraderos en la nada misma, de modo que siempre debemos contar.

Y recomienza el viaje, el ratán ratatán del tren me relaja, de nuevo me hundo en mi historia, como el compañero de asiento cada vez más en su poncho. De pronto levanto la cabeza. Sé exactamente que esta es mi estación, que el tren está parado, ¡que debí haberme bajado! Que afuera está el don Juan esperando con su velita en el tarro, que mirará, me buscará en las pisaderas de tercera, luego en primera. Ahora salto del asiento, sujeto como puedo el tomo de las revistas, cojo al vuelo mi bolsón de cuero, corro hacia la puerta, el tren pitea, se mueve con un primer arranque, se detiene, ¡y parte! Descubro que ahora hay muchos asientos libres, en Chiguayante se ha bajado la mayoría de la gente. Me acerco a una ventanilla, me siento, con la manga limpio con un gran movimiento el vidrio, miro. Nada, no se ve nada. Con la lluvia y las nubes se ve menos que normalmente, no hay ni siluetas de árboles, ni contornos de cerros, ¡nada! Negro todo.

Tengo mi frente pegada al vidrio húmedo, siento como algo me sube por el cuerpo, pero trato desesperadamente de pensar. Don Juan irá

a la casa, le dirá a mi madre que no llegué. ¿Qué hará ella, qué harán? Eso demorará media hora al menos para que él llegue a casa. Me puedo bajar en La Leonera, y volver a pie por la carretera, hacia la calle Esperanza. Entraría por el portón viejo a la parcela. La noche es cerrada, llueve. Pienso con rapidez. Me intimida esa caminata de noche. Sé que no habrá gente por ahí, y no es problema hacerla, mojarme será lo de menos, pienso. ¿Qué querría mi madre que hiciese? Y el papi no está, anda de viaje por Argentina, en su gira de conciertos de órgano. Lejos de nosotros, lejos de mí. La mami en casa, responsable de todo, ¡de mí ahora! Aquí están los peligros, aquellos de los que habla ella siempre ¡Y también el Peneca! Que no hay que caminar sola de noche, que no hay que ir a los bosques, que no, que no, que no. Ratatán ratatán.

Tengo el bolsón sujeto firmemente sobre mi regazo, ¡que no se me pierda nada de este mundo mío! Pongo los Penecas dentro de él. Mi mami, ¡qué espanto va a sentir! Sollozo, descubro que desde mi pecho sube eso, son sollozos, tiritito entera. Alzo la mirada, ¿quién puede ayudarme aquí? Alguien ha de haber, en este mundo del tren no estoy sola, pienso y sollozo más fuerte, ¡alguien ha de estar para mí! Decido no bajarme en La Leonera, el tren ya está parando.

En el asiento al otro lado del pasillo descubro que me observa una señora. Junto a ella hay un hombre, se ven buena gente, me parece, a ella la veo acogedora. Su mirada pareciera producir en mí el efecto de más llanto. Lloro, hipo. Ella se levanta ahora, el hombre también, se sientan frente a mí, me preguntan, ella pone su mano en mi hombro. Siento que olvido todas mis prevenciones y el reglamento de privacidad a toda costa que he aprendido para estas y otras ocasiones. Les cuento. Sigo llorando.

Me pasan un pañuelo, me consuelan. "No es para tanto, niña, te ayudaremos, ya verás". Y me preguntan: "¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives en la semana?"

Aparece el inspector, y desde su altura escucha mi historia, y corrobora conmigo los datos necesarios, que acepto darle por muy necesarios: que qué nombre, qué padres, qué lugares. Ya sé que ubica a mi padre, le digo: "Hermann Kock y mi mamá se llama Erika Nickelsen. Y vengo de la casa de mi abuelo, Pedro Nickelsen, vivimos en la semana donde él, para ir al colegio. La mami está con mi hermano chico, en Manquimavida, y se va a asustar mucho, tengo miedo por eso". "¡Ah", exclama, "pero si todos lo conocemos a su abuelo, no se preocupe, todo irá bien! Le avisaremos", continúa, después de asegurarse que yo sé el número telefónico de la casa del abuelo. Y dentro de la urgencia que tengo que me ayuden, y entiendo que no puedo evitarlo, sigo llorando. Propone que siga hasta Hualqui y que vuelva horas después con el último tren, el Valdiviano, en su ramal hacia Concepción. "No llore, todo se arreglará". Las voces de estas personas suenan reconfortantes, me voy aligerando del miedo.

Siento que estoy arrullada por la humanidad entera en mis estúpidos doce años de lectora de historias, que el pecado del leer no lo es tanto, que hay redención, aunque duela. Sigo al lado de la linda y amorosa señora, que así la siento. El marido, ya presentado como profesor, y ella como profesora también, se sientan al frente, y ambos conversan conmigo el resto del trayecto. En algún momento vuelve el inspector y me dice que ya vamos llegando a Hualqui, que Omer Huet quedó recién atrás, que todo va bien.

En la estación de Hualqui entramos el matrimonio y yo, junto al inspector, pues ya terminó la labor del día, a la boletería que está muy bien iluminada, con muchos vidrios pequeños a lo largo de la pared que da hacia el andén. "Voy a presentar el caso", me dice el inspector, y desaparece por una puerta detrás de la única boletería. Aquí hay varios hombres, todos me miran con mucha atención. La señora profesora me ofrece asiento en el banco de madera con respaldo, frente a la ventanilla. Al lado hay un mesón alto y ahora están ahí el inspector del tren y un señor con uniforme y gorra de ferroviario hablando, ambos lanzándome miradas de vez en cuando. La señora linda está sentada a mi lado. El marido espera a unos pasos de nosotras, parado contra la pared al lado de nuestro banco.

En mi mente la confusión trata de encontrar luces, me sujeto a algunas ideas fijas. Entiendo que están buscando la mejor solución, ahora agradezco a la señora por estar aquí conmigo. "Me quedo, ya veremos qué hacer", me dice, dándome golpecitos en la mano. Siento el calor de su corazón, me embriaga esa ola de comprensión, me relaja. Sin embargo, sé que debo seguir alerta, como toda heroína en toda novela.

Han estado hablando por teléfono. El inspector de la estación sale de su lugar detrás del mesón, se acerca a mí. "Todo bien, hablamos con su abuelito", me dice. "Van a avisarle a los vecinos de su mamá". El alivio que siento es enorme, todo encuentra su sitio, pienso. Los vecinos están como a dos cuadras, atravesando el bosque de eucaliptos. "Ellos le van a avisar a su mamá. Luego llamarán al abuelo de vuelta, y él nos llamará acá con su respuesta. Así nos pondremos de acuerdo".

No sé cómo pasa el tiempo, sucede un acontecimiento después de otro. La estación afuera está desierta. Dejé de llover. Pienso de pronto que

debí haberme bajado en La Leonera, que ahora estaría llegando a casa, sin lluvia era fácil caminar. De noche cerrada, pues no importa, siento el camino con los pies. Conozco esos arenales, y siempre hay pasto y cerco en el borde de las parcelas. No se puede uno perder del camino. Y si no llueve, pues cae alguna luz del cielo, algo se distingue entre negro y negro.

Aquí adentro los hombres se acercan entre ellos, conversan de lo suyo, fuman. Mi inspector se fue a casa. "Niña, usted está en buenas manos, su abuelo es conocido en todas las estaciones por las mercaderías que manda a entregar para el comercio. Y yo conozco a su papá de tantos viajes en el local". Respiro, respiro, agradezco, sonrío, asiento con la cabeza, sonrío. Agradezco. La mujer con el marido a veces intercambian alguna palabra. Ya sé que tienen una casa cercana en este pueblito y en ella los esperan la abuela con los niños.

Suena el teléfono en el vacío de esta sala. Me sobresalta. "Sí, bien, eso será". Se me acercan. "Ya, hablamos con su tía, el abuelo se fue a dormir. Tranquila. Usted toma en dos horas el tren Valdiviano a Concepción y se baja en Chiguayante. Ahí la estará esperando don Juan Luna en la estación". Entiendo perfectamente la figura. De ahí caminaremos por la noche por la carretera, los cuatro kilómetros a casa. Y ya llegaremos ¡Fácil! "Pero", dice el inspector, y se alza sobre su panza: "Ahora queremos saber acaso se queda aquí en la estación por este rato, con nosotros, nos quedaríamos a acompañarla, igual esperaríamos con usted ese tren. Por lo general solemos cerrar y volver cuando va a pasar el Valdiviano. O se va con estos señores", y me señala al matrimonio, la señora me aprieta la mano: "muy conocidos aquí por todos, que la han invitado a su casa y la vienen a dejar a la hora del Valdiviano".

Tengo un nudo en la garganta, otro en el estómago, y creo que varios más repartidos en todo el cuerpo. La angustia se me asoma a los ojos, evidentemente, porque siento esa mano firme sobre la mía. "Ah", suspiro, los miro a los ojos: "Voy con ellos" y haciendo gala de toda mi prestancia como ser humano, más allá de huérfana y perdida en esta situación, sonrío a todos uno por uno. Todos suspiran aliviados, siento, ¡el asunto está zanjado! Entiendo muy dentro de mí que me libré de alguna cosa oscura, que de seguro me estaba acechando en este lugar, sola por varias horas con tantos hombres. Por lo demás, tengo hambre y la señora amorosa me ha contado que en casa habrá un plato de comida para mí, y que "está la estufa encendida, calentito", dice. Y siento el calor dentro de mi pecho.

Quiero caminar mucho, huir de todo, y sé que hay que pasar aún por varios trances. Mientras caminamos bajo la noche fría y húmeda por las calles de Hualqui voy calculando cuánto nos demoramos y cómo será la vuelta, pregunto por los hijos, soy educada hasta la saciedad, pero internamente estoy plantando esquejes para que crezca mi sensación de seguridad, que está nuevamente por los suelos. ¿Quién no ha leído de niños extraviados, perdidos, analfabetos o no, substraídos de sus vidas normales para servir oscuros propósitos en oscuros lugares? Como cuenta el Peneca, por ejemplo, en esa historia de la niña en China, pobrecita. En Shangháí. Y aunque esos son chinos, casi, casi puedo ser ella. Llego a suspirar, el llanto me sube de nuevo a la garganta. Lo trago para abajo, que se baje, aquí necesito lucidez. Sigo preguntando, ahora por el nombre de los niños.

Horas después estoy sentada en la cama de la mami, ella sonriendo de felicidad, yo también. Todo funcionó como sobre ruedas, y no cuento ni una palabra de lo que iba pensando en cada pequeño proceso que pasé

dentro de este terremoto, pero sí del maravilloso plato de cazuela que todos comimos, efectivamente en una maravillosa casita calentita, cazuela de la cual sospeché que podría albergar una cucharada o un espolvoreado de un somnífero, o quizás incluso veneno. Aunque esto no se lo conté a la mami.

Omití por discreción y lealtad que don Juan se detuvo dos veces en el camino a casa, la primera a la salida de Chiguayante, diciéndome: “Me espera un ratito, con permiso”, y entrando a un bar en una cabaña de madera, y la siguiente vez a un bar semejante, perdido junto al camino de tierra, dejándome ambas veces sola afuera, y por suerte no llovía, y seguro que pensando que ahí estaba más segura que dentro del recinto aquel con olor a vino barato y hombres beodos.

El lunes, otra vez en Concepción, llegando de la escuela a casa, otra vez al almuerzo tardío, hay varias diferencias con veces anteriores. Abrazos de mis tíos, de mi abuelo, su gran sonrisa alentadora. Mi hermana ya conoce la historia, me mira asombrada. Nos acompañan los familiares por un rato en el comedor, quieren saberlo todo. El abuelo consigna con su seriedad acostumbrada que se ha avisado a todos de mi feliz arribo, a la gente del tren y a los profesores, cuyos datos les dieron desde la estación de Hualqui. Y Lorenz, quedándose como único adulto a nuestro almuerzo, saciada toda curiosidad de los demás, que ya se retiraron, pues la vida sigue, sentado sobre la silla en dos patas, se ríe de mí, pero siento que sus bromas no me hieren. Hay entre nosotros el consenso de que participamos ambos del exquisito pecado del leer.

La cocinera y el pollo

Domingo, estamos Elsula y yo en casa, en la parcela, felices. Como siempre cuando llegamos acá, damos una vuelta por todos lados. Ya la casa la olimos anoche, ya sentimos el cobijo y la sensación de bienestar de estar en nuestras camas, ahora es ahí afuera. Es verano, se ha instalado con sus aires, aquí sí. En Concepción aún demora, la humedad, dice la mami. Estamos en las últimas semanas de clases, luego el tiempo del paraíso será nuestro todos los días, estaremos aquí todo el verano. Hace mucho calor, aunque es temprano, diciembre viene así. La arena arderá en un rato, siempre estamos descalzas, entonces aprovechamos de caminar temprano, después del desayuno que tomamos debajo del quillay. Es adecuado alejarse un poco de la mami, para que no nos lleguen las órdenes. Ella y la cocinera fueron allá lejos a buscar verduras, volverán y ahí sí, nos llamarán. Creo que por las arvejas, ¡miles de arvejas! Hay que sacarlas de su vaina, ¡qué trabajo para mis dedos! ¿O serán porotos verdes y choclos?

El jardín se abre en colores y formas nuevas cada semana, y las buscamos hoy. Siempre hay algo recién floreciendo, y nos llena de contento. Pareciera que sucede en nosotras, que nos abrimos, ¡aquí se respira! Ha florecido el arbusto de cuncunas azules, el sin nombre en castellano, ¡lo adoramos! Casi me meto en la nariz uno de esos gusanos con flores pequeñas, en todo caso aspiré un mosquito, trato de botarlo sacando el aire con fuerza, apretando el otro orificio. Luego, con un dedo metido en la nariz buscando al bicho, sigo olfateando el aroma a miel que emite este enorme arbusto. Miro hacia su altura, flores azules, cielo azul. Sol que

enceguece. "Ya jamás lo alcanzarás, chica", me dice mi hermana, a la que he seguido en sus circunvalaciones alrededor de la mata. En verdad todo ha crecido de nuevo. Yo ni tanto. No le contesto. Ella siempre es la más grande, pero creceré. "¡Creceré!", le lanzo y corro a visitar al otro arbusto, pues son dos estas maravillas azules, con sus hojas pequeñas y tiesas.

Después, dejando a mi hermana con sus ensoñaciones, voy más allá, a la hilera de los copos de nieve. Me parece que todo aquí merece ser saludado. Tomo un copo en las manos, no debemos sacar nada, son para la venta, pero puedo hacer esto, tocarlo, meter los dedos entre las florecitas, sentir los pequeños pétalos sobre mi piel. Acerco la bola a mi mejilla, me acaricio. Miro alrededor, mejor no voy al fondo de la parcela, donde las verduras, aunque quisiera pasar por los frutales, ya habrá algún fruto maduro, quizás los damascos. Le grito a mi hermana, que alcanzo a ver por sobre las hileras de plantas: "Elsula, ¿hay damascos?". Con el brazo alzado hace un gesto, parece que es un no. Será para ir ella primero, después me tocará a mí. Pero no importa eso, quizás los damascos están aún verdes, y demasiado ácidos. Miro las flores en mis manos, los copos de nieve no huelen, descubro hoy de nuevo, mejor tengo cuidado para no dañarlos, y me retiro algo, no quiero más mosquitos en la nariz.

Volvieron las dos señoras cosechadoras con sus canastos llenos de verde, pasan cerca de mí, me llega la fragancia del orégano, pasaron a recoger algunas ramas de la plantación. Van hacia el quillay, se sientan bajo él, veo que Elsula se ha escurrido por entre las matas, la sigo, nos alejamos prudentemente por el otro lado de la casa. El aire está quedo, aún no se levanta el "céfiro de la mañana", como dicen los libros. Y a propósito de libros, mi hermana entra por la cocina, seguro que irá a buscar un libro para

escondese a leer en algún rincón entre los árboles cercanos. Me pregunto si acaso la sigo o hago otra cosa.

Entro a la cocina, aquí está más fresco que afuera, me apoyo junto a la puerta, miro hacia el patio, el tiempo transcurre dentro de mí, qué delicia no hacer nada, no hay regla alguna. La María ha entrado a la cocina por el pasillo, trae los porotos cortados, los lava, pone agua en una olla sobre la cocina. De modo que fueron porotos, no arvejas, ¡vaya!, me digo a mi misma. La María aviva el fuego, agrega leña, circula por todos lados. Mete ruidos, masculla cosas, no la entiendo. No quiero tampoco. Vuelvo a mirar hacia afuera, el enorme boldo, todo un bosquecillo se alza con su follaje oscuro, más allá está el peral, el de las peras de agua maravillosas, dice el Papi. Abajo, la arena que presumo aún no está caldeada. Dilato cualquier decisión sobre dónde ir o qué hacer. Estoy simplemente yo toda transcurriendo en tiempos. ¡Qué felicidad!

“¿A qué huele?”, le pregunto a la María, volviéndome hacia ella. Está ahí junto a la cocina con algo entre sus manos, que mueve de lado a lado sobre el fuego, ha retirado todas las anillas del fogón principal. No me contesta, ahora veo que se trata de un cuerpo de pollo, o gallina, anda a saber. Lo está terminando de limpiar de plumas. Huele mal, en verdad. Chamuscado, feo. Lo pone con un brusco movimiento sobre la tabla de cortar en la mesa. A la luz de la ventana, que ilumina esta escena, veo ese desnudo desvalido. Me lanza una mirada: “Salga mejor”, me dice, y es una orden. “¿Por qué?”, le contesto, y permanezco ahí, mirándola iluminada bajo la misma luz que recibe el pollo en su altar de sacrificio, destacándose sobre la penumbra de la cocina. Me siento tan relajada en este aire de varios

olores mezclados. “¡No tengo nada que hacer, me quedo!”. Ella no contesta, sigue trabajando, sacando las últimas plumas calcinadas de esa piel.

Me parece porosa, la piel, así la alcanzo a ver, desde este lugar, junto a la puerta abierta, a metro y medio del pollo y de nuestra cocinera. “¿Cómo será tener plumas y que te las retiren?”, me pregunto en voz alta, sé que ella me oye. Hace un ruido como bufido. No habla mucho, ella. Miro mi brazo, también tengo poros, pero no tan grandes como esa piel ahí. Siento que algo cambia ahora, me llama la atención, la María se ha devuelto del mueble, ahora tiene un cuchillo en la mano. ¡Y ahora realmente se lanza sobre el bicho desnudo y desvalido y lo descabeza! Trato de mirar, pero no ver. Y no veo.

Se detiene, me mira, con el ceño fruncido. El boldo no deja entrar mucha luz en la mañana, así apenas veo la cabeza de la María, que la tiene en su lugar, no como el pollo. Veo su cuerpo voluminoso debajo de su gran delantal. Yo sigo ahí, me hago la desentendida. Esto es una lucha de resistencia. María se pone los puños cubiertos de plumas, que se le han pegado en su lucha por el almuerzo desplumado, sobre las caderas, siempre sujetando el cuchillo que sobresale amenazador en mi dirección, y me mira de frente. “Esto no le va a gustar”, ahora habla más tranquila, como queriendo convencerme. “Ya”, contesto, algo insegura. Pero no me muevo. Esto está mucho más interesante que todo lo que pueda haber afuera o más allá de la parcela. Yo deseo saber qué sucede con este pollo. Me corro medio metro hacia atrás, estoy medio tapada por la gruesa puerta, que cede algo cuando me apoyo. Se produce un sonido en sus goznes, pero María ya no me mira, no está interesada. ¡Lo importante es el almuerzo!

Ahora ella pincha ese cuerpecito, ¡y corta! Y el espanto me entra como cuchillada al cuerpo propio, el que ando trayendo. Entiendo que al pobre ser le esperan aún más humillaciones en manos de la cocinera perversa al servicio de nuestras muchas hambres, ¡y yo soy una de las hambrientas! Rápidamente salgo al sol. Me meto en el boldo, es un bosquecillo de muchos troncos, me subo a la rama que creció horizontal, es gruesa y me permite permanecer estable. Paso las manos por las ramas, siento sus asperezas y las partes suaves. Me quedo quieta largo rato, miro el aire, esa nada, creo poder distinguir la luz verde entre las ramas, aire verde. En algún momento me doy cuenta que me estoy comiendo la piel dura de los dedos. Masco, así establezco un punto razonable de quietud, cada vez más lacia. Estoy aún atada a ese pollo, me ha acompañado hasta aquí, y me siento rara de tantas sensaciones y pensamientos.

Después de otro rato en que no oigo nada, en que estoy como tapiada, sorda, suspiro profundo al dejar caer mi cuerpo desde la altura de la rama. Me arrastro con las plantas de los pies sobre la arena, aún no quema, dejo que la arena llene los espacios entre los dedos. Paso el peral, toco las peras, aunque está prohibido, con cuidado, sí, con cuidado. Durísimas. "Me esperas", le digo a una grande a mi altura. Deseo que lo haga. Sé que falta mucho tiempo para que maduren, a fines del verano, quizás, ¿no? Llego al columpio, me alzo a uno de ellos, me paro encima, y así sujeta, firme a los cordeles, me doy algo de vuelo, más vuelo. Veo la lejanía, que no lo es tanto, la vista está tapada al frente por el galpón con la mecánica de tanta cosa de fierro, aceite de motor en el suelo. Ese olor fuerte, mejor no entrar, pienso.

Más allá está el gallinero, repleto con gallinas, pollos y algún gallo. Suficientes para muchos domingos, con tantas aves, tantos huevos, diría ahora la María. Las gallinas cluecas están afuera del gallinero, van y vienen, desaparecen en las matas de hierbas, más lejos, más cerca. La mami nos tiene encargados a todos verificar dónde están los nidos, ir revisándolos. Creo que iré en un rato, es divertido contar los huevos, observar el sitio elegido por la gallina, saben esconderse. Pero ahora no, ahora esto, me dejo marear un poco por los vaivenes del columpio, alzo la cabeza al sol, cierro los ojos, duermo. Me digo que duermo.

De pronto oigo el cloc-cloc cercano y un coro de piopíos. Abro los ojos, aparece una gallina bajo el columpio con su séquito de pollitos. La observo, me siento, caigo en una especie de sopor, el sol, el ruido del cloc-cloc de las gallinas, el piar de los pequeños, me alejan de toda otra percepción. Un ruido de voces de gallinas me saca del letargo, la gallina con sus polluelos arranca del sol, desaparece debajo del caqui. Ah, un buitre, sé, miro hacia el cielo, allí arriba está circulando, da grandes vueltas. Silencio acá abajo, ni un pío se oye.

Me llega el viento. Apareció, diría la mami y suspiraría. Ella está allá a la vuelta, quizás terminó con las verduras, quizás ya todo pasó. Y yo aquí feliz olvidada. Me estiro, me encojo. No deseo moverme. El pollo aquel está aún cocinándose dentro de mi cerebro. Cierro los ojos, veo rojo a través de los párpados. Oigo a las gallinas, a los pollitos. Siento el aroma en el viento, me envuelve el olor de los eucaliptos, están justo en esa dirección desde donde sopla el viento, desde el mar. Veinte kilómetros lejanos, más o menos. A veces trae olor a océano. Después de un rato percibo que viene más fuerte. Si abro los ojos, veré las ramas bailar locamente con toda su

hojarasca colgante, suben las enormes ramas y el viento las baja, vuelven a subir, y siguen en ese ritmo. A veces el respiro arriba es más largo, luego otra ráfaga fuerte de viento inclina toda la copa, y el eucalipto susurra frenético, tratando de zafarse, dando latigazos al viento. ¡Me encanta! Abro la nariz, la boca, aspiro, aspiro. Mantengo cerrados los ojos, levito.

Siento un golpe fuerte en la tabla del columpio. “¿Qué haces?”, pregunta Elsula a mis espaldas. Sujeta el columpio, se devuelve con él unos pasos, me tengo que sujetar firme, y con un fuerte empujón lo suelta. Vuelo por el aire, no me gusta, no me gusta nada esta intromisión. Mejor no quejarme. Hoy estoy así, no deseo pelear. “¡Almuerzo!”, me dice, ya yéndose hacia la casa.



Benito Alarcón
Valdivia, 1937

El drama de Otto Kurt

Éramos un grupo de niños de entre ocho y diez años que nos juntábamos en la calle donde vivía un alemán llegado a Chile después de la Segunda Guerra Mundial. Nuestro barrio se llamaba Collico y estaba al oeste de la hermosa ciudad de Valdivia.

El objeto poco edificante de nuestras reuniones era perseguir a este hombre, que a poco de llegar a Chile, y al parecer no encontrando otro medio de subsistencia, decidió vender harina tostada, producto alimenticio muy apreciado en esa zona del país. Lo singular de este comerciante no era su actividad, ni mucho menos el producto que comercializaba, sino su desconocimiento casi absoluto del idioma. El pregón que nos causaba tanta hilaridad, era "quien sea compra harina". Todos sabíamos que lo que quería decir era: "quien desea comprar harina". Cada vez que este "gringo", como le decíamos, lanzaba su pregón la carcajada del grupo era general. Él, al

percatarse de nuestras burlas detenía su marcha y con su canasto colgando del brazo, nos miraba con sus tristes ojos de agua marina. Nuestra reacción era detenernos también, para conservar la distancia que nos daba tiempo para huir ante la supuesta agresión de su parte. Desde luego eso nunca sucedió, el reanudaba su marcha y nosotros también. Siempre cuidando de mantener la distancia que nos permitiera ponernos a salvo ante cualquier emergencia. Esta persecución duró poco, porque en nuestros hogares se nos regañó por esta cruel actitud.

El alemán siguió con su negocio, ya sin la compañía hostigosa de nuestra parte. Pasaron algunos meses, y una tarde, de regreso del colegio, vi que mi madre le compraba harina al singular comerciante. Hice un rodeo para darme tiempo a fin de no encontrarme con él, por temor a ser reconocido como uno de los burlescos granujas que se mofaban de su pregón.

Transcurrieron algunas semanas y una tarde, inadvertidamente, llegué del colegio y entré a mi casa como una tromba, acicateado por el hambre y el cansancio. Mi padre me miró severo, a la vez que decía: "Salude a don Kurt". Se llamaba Kurt y no Otto como creíamos todos. Saludé al hombre con la duda de ser reconocido. Él me tendió la mano con una sonrisa agradable y dijo: "Hermoso niño tiene, don Pego". Otto había mejorado visiblemente su castellano. Sin embargo no podía decir Pedro, que era el nombre de mi padre y siempre le salía "Pego". Luego de mirarme sin dejar de sonreír, hizo un gesto cariñoso tocando con su mano mi hombro, después de lo cual me retiré a la cocina donde mi madre me tenía preparada una suculenta once. Ella tomó una bandeja y se dirigió al comedor, depositándola en el extremo opuesto de donde se encontraba mi

padre y la visita. Siguieron su amable charla, instantes después, mi madre llegó con un jarro de vino tinto y harina tostada. Entonces mi padre le dijo: "quiero invitarle a tomar una chupilca". "Es una mezcla de vino tinto, harina de la que usted mismo hace y un poco de azúcar. Es muy buena y algunos sostienen que no hay nada mejor para recuperar fuerzas", le dije yo. Él lo miró entre curioso y extrañado, mezcló vino, harina y azúcar, revolvió todo como lo había observado y cuando estuvo listo miró a mi padre como preguntando que había que hacer ahora. Por toda respuesta, mi padre alzó el pocillo y dijo: "Salud". Don Kurt no entendió la palabra, ante lo cual mi padre exclamó: "Prosit". "¡Ha, sí, sí, prosit, prosit!", dijo el alemán, y empujando el vaso tomó un largo trago, luego dejó el pocillo sobre la mesa y exclamó: "Bono gusta mucho chopilca".

Después de un breve silencio, mi padre lo miró y como para cambiar el tema de la conversación le preguntó: "¿Cómo es que vino a dar por estos lados tan lejos de su país?". Don Kurt permaneció callado por un instante. Cuando mi padre lo miró, sus ojos de agua marina flotaban en un mar de lágrimas. Arrepentido de haber hecho esa pregunta, puso la mano en su brazo a la vez que se disculpaba: "Perdone, no quise hacerle recordar momentos dolorosos para usted". Su interlocutor siguió silencioso, luego de un instante dijo: "Son tristes recuerdos, pero es bueno para mí compartirlos con alguien, saber que alguna persona se interesa por escucharme. Desde que llegué a Chile nunca he hablado de mi pasado, nadie se ha interesado en mi vida, aunque reconozco que el pueblo chileno es generoso y cordial. Sé lo que es pasar hambre, pero puedo decirle que jamás en Chile se me ha negado un favor o un trozo de pan. Mi desgracia empieza hace unos siete años atrás, fue a principios de 1940, cuando llegó

a mi casa una patrulla de soldados, y sin ninguna explicación me detuvieron, como también a mi señora y a mis tres hijas. Mi delito era ser judío. Nos subieron a un vehículo y fuimos conducidos según oí decir a uno de los soldados, a un campo de prisioneros. Después de unos veinte minutos hicieron bajar a mi señora y a mis tres pequeñas. No pude siquiera preguntar dónde las llevaban. Esa fue la última vez que las vi. El vehículo en el cual me quedé solo, siguió avanzando; después de aproximadamente una hora se detuvo frente a una alambrada similar al lugar donde quedó mi familia, abrieron un portón y me condujeron a unos barracones que se levantaban en el extremo del terreno. Al entrar pude observar con verdadero espanto que estaba atestado de hombres esqueléticos, algunos semidesnudos, la mayoría permanecían tendidos en unas especies de literas, o simplemente en el suelo. Después de varias horas llegó un oficial de uniforme negro y gritó: "¡Todos los que llegaron hoy hagan una fila aquí!", mostrando el centro del lugar. Las preguntas eran solo tres: profesión, edad, y si habíamos tenido alguna enfermedad. Mi respuesta fue: cuarenta años, mecánico, no he tenido ninguna enfermedad. Y con estos detalles anotados en una hoja el oficial salió del lugar para volver una hora más tarde, esta vez acompañado de un militar, al parecer de mayor jerarquía. En la misma hoja en que anotara mis datos leyó: "Kurt Steiner, acá". Cinco personas quedaron en el grupo junto a mí. Uno de los presos, con voz apenas audible dijo: "Ustedes son mecánicos, y serán llevados a sus respectivos trabajos. Por ahora se salvaron". Esa primera noche fue de insomnio, no pude conciliar el sueño, pensaba en mi señora y mis tres hijas. Con el correr de los días mi angustia y desesperación fue en aumento. Los gritos de dolor de los compañeros de prisión que habían sido acusados de

alguna falta y eran salvajemente torturados, me convencieron que mis cuatro seres queridos estaban pasando por la misma monstruosa situación. Por el momento no pensaba en una muerte inmediata. Por mi condición de mecánico les era, al igual que mis compañeros, imprescindible, ya que nos habían enviado a una fábrica de camiones y carros de combate. Ahí permanecí los cinco años que duró la guerra. Cuando llegaron las tropas rusas fuimos liberados. Por supuesto que lo primero que hice fue buscar a mi familia. Indagando, preguntando, buscando por todas partes, me pasé las primeras semanas después de mi liberación. Al final, dentro de mi propia angustia, recibí el golpe de gracia, al enterarme, con certeza, que ninguno de mis cuatro seres amados estaba con vida. En uno de los campos de exterminio a los cuales llegué, me mostraron una lista donde aparecían los nombres de mis cuatro seres queridos. Frieda, mi señora; Helga, mi hija mayor; Lotte, la del medio, y la pequeña Sonya. El funcionario a cargo dijo en voz alta: "De esta lista nadie está vivo, un año antes del término de la guerra este campo de exterminio se cerró y todos los que estaban en él fueron asesinados. Ese es el testimonio del oficial nazi que estaba a cargo". Estuve no sé cuánto rato mirando esos cuatro nombres, hice un ademán de guardar la lista pero el funcionario no me lo permitió. Ahí, en ese mismo lugar, tomé la decisión de no vivir más en un país que me había negado todo, y que me quitó lo que más amaba. Los próximos días me los pasé deambulando por las ruinas de lo que había sido Berlín. Por sus calles solamente se podía caminar, los escombros y socavones dejados por las bombas impedían el desplazamiento de vehículos. Recorrí innumerables calles, después de tanta destrucción no era posible saber con exactitud donde estaba, mi propósito era únicamente encontrar el lugar donde había

estado mi hogar. No tenía puntos de referencia para orientarme, por lo tanto seguí caminando durante horas y horas sin muchas esperanzas. De vez en cuando me encontraba con alguien que, como yo, buscaba algo donde aparentemente no había nada. Entré a lo que había sido un edificio, al que solo le quedaba el esqueleto, sus pilares y parte de los muros que habían resistido el impacto de las bombas y proyectiles de grueso calibre; la construcción había sido un edificio de varios pisos, pero no era posible avanzar, los escombros bloqueaban las entrada a los pisos superiores. Las losas que separaban un piso de otro mostraban grandes boquetes. Permanecí ahí, pensando y tratando de ver algo pero todo era muerte y desolación. De pronto sentí que las fuerzas me abandonaban, no pude sostenerme en pie y caí de bruces sobre el piso polvoriento. Y ahí lloré y grité el nombre de mis hijas y el de mi querida Frieda hasta que no pude oír mi propia voz. No sé cuánto tiempo estuve en ese lugar, cuando pude recobrar la calma y volver a la realidad me sentí aplastado por la terrible verdad de no tener familia, ni patria, ni porvenir. Fue la oportunidad en que estuve más cerca de acabar con mi propia vida, de las muchas veces que he estado en ese trance. Luego se me presentó la oportunidad de emigrar y de abandonar esa Alemania que tanto amé como mi patria, me dijeron que en el sur del mundo, en el rincón más apartado del planeta, había un pequeño país cuyo límite era nada menos que el polo sur. Allí existía una numerosa y próspera colonia de alemanes y otros emigrantes ya estaban en ese lugar. Así fue como llegué a Chile hace más de un año. Luego de algunos trámites elegí establecerme en Valdivia, ya que aquí se encontraba la colonia alemana de la que me habían hablado”.

Al llegar a ese punto de su relato, don Kurt se detiene. Mi padre, mi madre y yo, guardamos silencio. Solo en ese instante, me percaté que había dado buena cuenta de toda la comida que mi madre me había servido. Impresionado por el relato del alemán, comía sin pensar más que en la terrible tragedia de dicho personaje. Entonces, don Kurt continuó: "Lo primero que hice fue presentarme a una empresa de propiedad de descendientes de alemanes. Uno de los dueños me hizo una entrevista, después de percatarse que yo era judío, se levantó bruscamente de su asiento y casi gritando me dijo: "Yo soy hijo de alemanes, nada tengo que ver con judíos. ¡Por culpa de ustedes, mis padres y abuelos fueron perseguidos por las autoridades!, ¡Por su culpa estuvieron en las listas negras y algunos, hasta estuvieron presos! Tú, remató, no eres alemán, eres judío y no te quiero ver más por aquí. No tengo ninguna razón para ayudarte, pídele ayuda a los que te trajeron, pero aquí nadie de nosotros te ayudará. Sería un insulto para nuestros antepasados". Don Kurt enfatizó: "Yo nací en Alemania, como mis padres y mis abuelos, y todos mis antepasados. No recuerdo haber oído decir a mis padres que sus ancestros llegaron al país en una fecha determinada". Mi padre lo interrumpió para decirle: "Uno es del país en el que nació, ahí nacen sus derechos y sus deberes, si se aplicara este criterio de negar la nacionalidad a alguien por ser descendientes de extranjeros, los países que han sido colonia como el nuestro quedarían vacíos". Don Kurt lo escuchó y continuó: "Y esa es mi situación, como usted puede ver mi sufrimiento sigue en todo sentido, sin embargo, nada es comparable a la pérdida de mi familia. Desde el día en que dejé de verlos, mi vida ha sido una constante pesadilla, a menudo sueño con mi Frieda, que llega a mi lado y me dice: "No sufras más Kurt, todos

estamos bien, tus tres reinas y yo". Y es todo tan real...Veo de nuevo a mi familia y a mis pequeñas, alegres y felices. Cuando vuelvo a la realidad siento que voy a morir de dolor, ya no consigo conciliar el sueño, solo puedo llorar y ahogar en llanto una pena que me acompañará el resto de mi vida. ¿Qué sentido tiene mi vida? Habría sido mil veces mejor morir yo también. Porque ésta vida es como estar muriendo todos los días. Yo, don "Pego", no odio a nadie, los que me lastimaron fueron finalmente víctimas de su propia maldad. Seguiré pues luchando, ése será el mejor homenaje a mi familia. El mundo es ancho, y yo encontraré un lugar en él. No tengo fe en nadie, solo tengo fe en mí mismo, con esas armas volveré a la vida".

La residencia de los Jacintos

Era una hermosa mañana del mes de septiembre, desde las primeras horas se sentía el ajeteo de la preparación de la tradicional parada militar. Jacinto Arancibia se encontraba sentado en uno de los numerosos escaños del gran Parque Aldea del Adulto Mayor; su rutina consistía en tomar el sol entre la diez y las doce del día, después de lo cual, en la época de verano, se refugiaba en el espacio sombrío que el muro le brindaba.

Jacinto había pasado un año viviendo en ese recinto destinado a albergar a los llamados adultos mayores; desde hace varios días notaba, con sorpresa, la extraña presencia de niños que compartían con los ancianos y ancianas todos los espacios. Al averiguar sobre dicha situación se le informó que el Ministerio de la Familia estaba haciendo un experimento, que consistía en la convivencia de niños en estado de abandono, con personas

mayores. Hasta ese momento los resultados habían sido alentadores, especialmente para los adultos, a quienes les agradaba la algarabía de los menores y sus juegos.

Una mañana en que Jacinto hacía uno de sus acostumbrados paseos, perdió el equilibrio y cayó pesadamente, por suerte, sobre el césped. Al intentar incorporarse se percató que dos pequeños brazos rodeaban su cintura en un vano intento de ayudarlo.

—Espere, le pasaré su bastón —le dijo una voz de niño.

Con bastante dificultad Jacinto se puso de pie, el niño esperaba a que se repusiera, luego lo ayudó a llegar a su habitación.

—¿Tú, de dónde saliste?— le preguntó Jacinto.

—Yo vivo aquí, igual que usted, pero nuestros pabellones están al otro lado.

Mientras tanto el pequeño había hecho un completo examen a la habitación, después de lo cual le comentó:

—¿Por qué tiene tantos libros?

—Sí, tengo varios.

—¿Y los ha leído todos?

—Algunos.

—A mí también me gusta leer, pero yo no tengo libros, voy a leer a la biblioteca.

—Eso es bueno —replicó el anciano.

Luego de un prolongado silencio Jacinto se recostó en la cama y se durmió casi de inmediato. Entre sueños sintió que alguien lo cubría. Pasó como una hora y Jacinto despertó bastante aliviado de su caída, con

sorpresa se percató que el niño que lo había ayudado permanecía sentado en el mismo lugar que lo vio antes de dormirse.

—Tú, ¿todavía estás aquí?

—Sí, es que pensé que podía sentirse mal.

—Gracias pequeño, pero me siento perfectamente. ¿Cómo te llamas?

—Jacinto.

—Vaya, que coincidencia. Yo también me llamo Jacinto.

—¿Y cuál es tu apellido?

—Mora, me llamo Jacinto Mora.

—Jacinto Mora. Suena bonito ¿Qué edad tienes?

—Tengo como doce años, en realidad no sé muy bien, pero todo eso está en los papeles que guardan en la oficina. Estoy aquí como hace medio año, me trajo una tía con la cual vivía, pues no se sabe dónde está mi mamá. Mi tía dijo que no me soportaba, porque soy muy callejero y a veces me tenía que ir a buscar a la comisaría.

Y como adivinando la próxima pregunta, agregó:

—Junto con otros “cabros” robábamos cualquier cosa, pero lo que más robábamos eran cosas para comer, los pasteles son fáciles de robar, porque siempre los ponen en vitrinas cerca de la calle.

Este breve relato le permitió a Jacinto Arancibia darse cuenta de la situación de esta creatura. Lo miró con más detención, su cuerpo era pequeño para la edad que decía tener. Su cara regordeta mostraba varias pequeñas cicatrices, como también en la cabeza.

—Bueno— dijo el anciano dando por terminada la conversación, sin embargo el niño no hizo ademán de retirarse.

—¿Usted cómo se llama? —preguntó el niño.

—Ya te lo dije, Jacinto, igual que tú, Jacinto Arancibia.

—¿Tiene familia?

—Sí, tengo tres hijos y cuatro nietos.

—¿Y lo vienen a ver?

—La verdad es que no —contestó con tristeza.

—O sea que tiene hijos y nietos y nadie lo viene a ver. Entonces es como si no tuviera a nadie, igual que yo.

Pasaron los días y los encuentros del niño y el anciano se sucedían con bastante frecuencia. Una tarde en que se encontraban sentados en el mismo escaño que siempre usaban, Jacinto Arancibia dijo:

—Así es que los dos nos llamamos Jacinto, entonces, para no repetir tanto nuestros nombres y como ya somos amigos, tú me llamarás Jacinto y yo te llamaré Segundo, porque yo soy Jacinto primero y tú eres Jacinto segundo.

—Bueno don...

—Nada de don, somos amigos y los amigos se tutean.

Pasaron varios meses. Segundo acudía todos las mañanas a saludar a su amigo, el resto del día lo pasaban casi siempre juntos. En las largas conversaciones que sostenían, estas estaban siempre plagadas de preguntas.

—Jacinto, ¿este bosque en medio de la ciudad cómo era cuando eras joven? —le preguntaba Segundo.

—Este bosque, en medio de la ciudad, como tú bien dices, no siempre fue como tú lo ves ahora, en un tiempo se llamó Parque Cousiño, porque había sido la residencia de un señor de ese nombre. Luego lo

llamaron Parque O'Higgins. No era tan bonito como ahora, habían talado muchos árboles, construyeron edificios y estaba plagado de cantinas. Costó mucho recuperar los árboles; hubo mucha gente que se opuso a que se destinara a una Aldea del Adulto Mayor y la Niñez Abandonada. Tú ves lo hermoso que quedó, en la primavera tenemos el follaje de los árboles y el colorido de las flores y en otoño los distintos colores de las hojas, especialmente de los álamos con sus hermosas hojas doradas. ¿Te has fijado Segundo, en el vuelo de las golondrinas cuando empieza la primavera? Sí, todo es armonía. En las mañanas siempre despiertas con la música del canto de los pájaros que te regalan maravillosas sinfonías, sonidos musicales que llenan todos los espacios. ¿Cómo no tener cariño por este lugar? ¿Has visto el bonito huerto que hicieron las abuelitas con las niñas? Es un incomparable vergel.

Cuando llegó la hora de retirarse se separaron y cada uno se dirigió a su pabellón.

Al día siguiente, cuando Jacinto salió de su habitación encontró a Segundo que lo esperaba. Algo visiblemente extraño notó en el niño.

—¿Qué pasa Segundo?

—Vengo a despedirme, esta noche yo y ocho "cabros" más nos vamos a arrancar.

—¡Pero, Segundo!

—No me digas nada, vengo a despedirme y a pedirte que no nos delates, porque si lo haces, todos sabrán que fui yo el que te lo dijo.

Hizo ademán de retirarse, pero el anciano lo retuvo.

—Segundo, ¿cómo te vas a ir? ¿Y qué hay del proyecto que teníamos de pedirle a la directora que nos dejara vivir juntos en la habitación que me

asignaron y que según tú mismo dijiste hay espacio para los dos? Además pondríamos un letrero en la puerta que diría: RESIDENCIA DE LOS JACINTOS.

El niño vacila por un breve instante.

—No —dice y se aleja corriendo.

El día pasó lento y Jacinto Arancibia no perdía las esperanzas de que Segundo apareciera para decirle que no huiría. Agobiado por la pena se retiró a su habitación, donde no pudo conciliar el sueño. Llegó la mañana y se levantó algo más temprano que de costumbre, abrió la puerta y su primera visión fue la figura de Segundo que lo esperaba. Éste corrió y lo abrazó con todas sus fuerzas. Así permanecieron algunos instantes, el pequeño cuerpo de Segundo se estremecía por los sollozos, mientras decía:

—Nunca me voy a ir de tu lado Jacinto, ¡nunca!



Marcela Jiménez de la Jara
Santiago, 1942

No crees que los muertos hablan, hasta que un día se deciden a hacerlo.

El sobre blanco tipo americano apareció en el antejardín, dirigido a su marido: "José Domingo Sagüés López", decía el encabezado de la carta adjunta y como tantos otros corredores de propiedades, expresaban su interés por comprar la casa a un precio muy superior al del mercado. Pensó romperla o archivarla como tantas otras, pero la guardó con una extraña premonición. ¿Y si este es por fin el mensaje que estaba esperando, y Domingo, su marido, la está ayudando desde el más allá a deshacerse por fin de esta casona fría y húmeda que la tiene atrapada y deprimida? Desde hace años que está en venta, entregada a muchos profesionales, pero nada se ha concretizado.

Cada cierto tiempo, miraba el sobre y lo acariciaba dudosa, hasta que se resolvió a llamar al teléfono indicado.

Un 12 de abril

Los operadores resultaron ser dos muchachitos jóvenes, que había conocido en el barrio años atrás y uno de ellos ofreció visita. Era una asoleada mañana de otoño y Shaffik, el palestino, llegó raudo en una bicicleta que introdujo en el antejardín. Junto con saludar, estipuló los términos del negocio, ofreciendo una cantidad por metro cuadrado considerablemente mayor que la de sus competidores.

Esto las entusiasmó a ella y a su hija Sofía que participó de la entrevista y comenzaron a analizar fechas y papeles. Era un doce de abril, día del cumpleaños de su padre Oscar, abuelo de Sofía, muerto hace ya muchos años.

Un ratón en la cocina

Es domingo y regresa de misa y de la biblioteca; la cocina está desordenada y siente una extraña presencia. Algo pasa acá, dice para sus adentros y comienza a investigar. La poseen el pánico y la desolación, cuando una enorme rata salta desde uno de los muebles, golpeándole el pecho en el lado vulnerable, que hace algunos años le habían operado por un cáncer de mama. El dolor y el asco la llenan y llora desconsoladamente en casa de su hija y de su hermana Pili.

Ha pasado un tiempo desde aquel incidente; desratizó e hizo limpieza general, pero siempre está la amenaza de que otros roedores invadan su casa. Ni la música clásica que tanto disfruta puesta a todo volumen en esta vivienda aislada, logra entusiasmarla.

Calefacción dañada

Le queda sin embargo una compensación; los tibios calefactores en todas las habitaciones le dan la sensación de un gran útero que la acoge y adormece. Se burla del invierno y cree vencer a este mes de septiembre que muchas veces termina con los ancianos como ella; así les ocurrió a sus dos abuelas.

Sin embargo la voluptuosa alegría del calorcito atrapado, dura poco; una mala maniobra en el interruptor del pasillo y la caldera muere para siempre; así se lo notificó el señor Vidal, con su sonrisa bonachona y sus casi cien kilos de buen vivir, el técnico especializado en aparatos de calefacción.

—No puedo exponerla a una explosión. Use estufas —le dice el hombre.

Desde ese momento con resignación recurre a esos artefactos que había dado de baja, sin la posibilidad de secar la ropa como antes. En las noches, cuando el frío cordillerano agrede, enciende incluso el secador de pelo para paliar su entumecida respiración y ese dolorcillo de garganta que se le está insinuando.

Y es entonces, cuando en estado de semi vigilia, ve a su madre sonriendo, mientras una rata entumida y sagaz cruza certera el espacio onírico.

—¡Fue ella! ¡Mi madre! —reflexiona.

No le cabe duda de que aquellos seres que la protegen quieren sacarla de la casona en donde mora sola y deprimida. Hermosos y asoleados departamentos cruzan por su vista y se sienta a estipular los requisitos para comprar uno y habitarlo: orientado al oriente, entre el tercer y el octavo

piso, ojalá con ventana de doble vidrio si da a una calle muy transitada. Que el edificio no esté hundido en el piso para evitar inundaciones y que en lo posible tenga base cuadrada para defenderse de los terremotos.

Sonríe relajada desmereciéndose y llega a la conclusión de que José Domingo, su marido; Oscar, su padre; y Eliana de la Jara, su madre, hicieron un “grupo de tarea” desde la misteriosa dimensión en la que moran, para obligarla a abandonar la casa; es aquí, cuando tuvo la certeza de que sin duda, los muertos hablan.

Gato negro

La primera vez fue cuando, volviendo desde la Avenida La Paz por el Parque Forestal en su vieja citroneta, divisó esa escena apocalíptica. Un gato negro intentaba cazar a una paloma; estaba muy cerca de su presa absolutamente concentrado, siendo el instinto superior a su prudencia y a su deseo de sobrevivir. Para ese gato no existía nada más que su apetito voraz y su obsesión por capturar a esa ave urbana símbolo de la paz, que en ese momento era su cena; estaba muy cerca de su presa. Unas muchachitas de las monjas alemanas con el típico sombrero torta azul marino, miraban ensimismadas la escena del felino que estaba a punto de dar el salto y capturar a la paloma, cuando otro actor intervino en la escena. Era ella en su citroneta. Jamás olvidará la cara de terror del gato cuando se abalanzó encima con el automóvil y los gritos de pánico de las muchachas.

Lo atropelló; asesinó al asesino potencial de la paloma que seguramente voló a guarecerse en un árbol cercano.

Cuando contó espantada lo que había pasado, la cara del gato petrificada en el terror de la agonía, los gritos aterrados de las alumnas del colegio de monjas cercano y la paloma volando hacia los salvadores árboles del parque, le vaticinaron que matar a ese animal y más aún de color negro, eran siete años de desdichas y mala suerte. Y fue así. Días más tarde vino la gripe y las toxinas de la sinusitis se le fueron a la córnea; había perdido la visión del ojo izquierdo. Se trataba de una deformación de la córnea llamada queratocono. Esto desencadenó una gran tragedia familiar; consultas a diversos especialistas y diagnósticos confusos que contribuían a angustiarla cada vez más.

Pasó el tiempo y a su padre, ex ministro de salud, lo destinaron como embajador a un país socialista; era la oportunidad para acercarse a los connotados oftalmólogos europeos expertos en injertos de córnea. Y así fue. Primero a Barcelona a consultar a Barraquer y luego a Hungría. Allí estaba el Doctor Alpert, cazador de ciervos en la llanura húngara y minucioso cirujano de ojos. Roles sin duda bastante contradictorios, ya que mientras "cegab" la vida de esos hermosos e inocentes animales, entregaba la luz perdida a muchos enfermos en esa clínica tras "la cortina de hierro".

La operación se llevó a cabo y se inició el proceso de recuperación de su visión; ya habían pasado siete años y la maldición del gato negro parecía haber llegado a su fin.

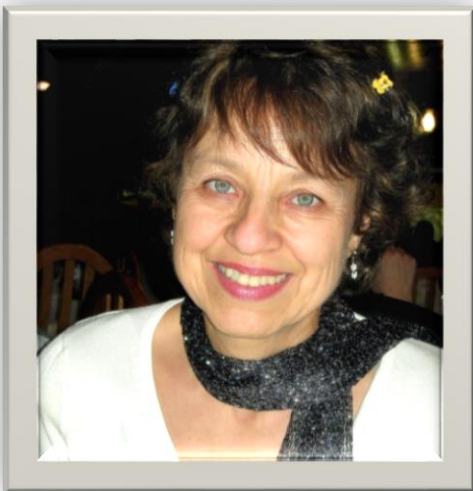
11 de septiembre de 1973; el golpe de estado en Chile viste de luto a toda la colonia de chilenos en Hungría; sus padres abandonan Budapest y se instalan en Buenos Aires. Son los tiempos en que la triple A está vigente, desencadenando la represión hacía los sectores de izquierda, y allí está el

general Prats y su mujer, mutilados por esa bomba asesina en las calles de Palermo. Nuevamente el gato negro invade sus pesadillas y viglias y concluye que el plazo en que la maldición concluirá, no se ha cumplido aún.

Luz y oscuridad es lo que visualiza de esos años transcurridos en el socialismo. Seguridad proporcionada por el estado bienestar y profunda melancolía por el terruño lejano y la separación de los seres queridos. El gato negro invadía sus pesadillas y ya le era casi familiar: cuando sospechó de la infidelidad de su marido; cuando en las tardes de invierno con varios grados bajo cero masticaba su soledad en ese barrio obrero socialista; cuando intentaba darse a entender en esa lengua hermética y casi imposible; cuando el cartero seguía de largo y no había nada para ella.

Y allí estaba el oscuro gato del Parque Forestal de la década del sesenta desplazándose insolente en sus sueños y atormentando sus soledades. Sin embargo, he aquí la paradoja. Han pasado más de cincuenta años; retornó del exilio y ahora vive su otro exilio: el de su casa en Ñuñoa. Está sola y su única compañera es una gatita negra que ni siquiera tiene nombre. Fue la sobreviviente de una camada de crías que resolvió mantener para que la protegiera de los roedores que merodean el nogal del patio del fondo.

Es el único ser vivo que la conecta con el mundo exterior. En vista de lo cual, resolvió bautizarla con el mismo sobrenombre de su nieta. Ahora no es la gata anónima que aparece en sus sueños; se llama Chochilde y se ha convertido en su mejor amiga.



Mónica Iglesias
Ovalle, 1953

El hombre del carretón

Leticia había vuelto a su pueblo de origen con motivo de cerrar el ciclo y el recorrido de una investigación que iniciara hace unos años atrás, cuando oyendo no sé qué voz interna, emergió en ella una fuerza y unas ganas que la llevaron a desenterrar datos, recopilar cuentos y pedacitos del tiempo. Apuntes y más apuntes con los que había construido esas "Memorias"; libro en torno a la figura central de su padre y sus ancestros familiares nortinos.

Visto desde su mirada de hija, por cierto, hubo de transitar etapas y palpar capas emocionales, ciclos, acontecimientos de su propia historia, enmarcada por la estampa inevitable de la provincia y sus campanas.

Leticia había llegado hace unos momentos a Ovalle, su ciudad natal, luego de un largo recorrido en un Bus Expreso Norte que la había recogido

en Calera, ramal que toma a los pasajeros provenientes desde la V Región Interior, donde ella residía actualmente. Era una tarde de domingo con el sol de noviembre que ya abrigaba.

Una vez ubicada en el hotel y, concluido el trámite de recepción, salió a dialogar con la tarde ovalina. Atravesó la plaza, y se sentó en uno de sus bancos a observar el ambiente, a percibirlo, a conquistarlo y dejar que ocurriera. Vio el revolotear de muchas palomas que iban desde las piletas a los asientos, niños jugando con las palomas y se imaginó en su primera infancia. La familia había emigrado hacia la V Región cuando ella solo tenía tres años.

En pocos momentos se acercó un hombrecillo rechoncho, con su aspecto aldeano, casi descuidado, como vestido “a la buena de Dios”, y dejó caer su existencia en el mismo asiento en donde ella se encontraba, a la par que emitía su primera queja:

—Me duele too, ay, me duele too el cuerpo.

Una voz de garganta, segura y certera alcanzó sus oídos. Se hacía próximo a contarle su historia.

—Parece que los pies se me van a romper.

Mientras ella miraba las palomas que en vuelo y juego engullían sus recónditas vacilaciones; la voz en ese hombre corta su vínculo original a la vez que la acompaña y humaniza. Leticia acepta y comprende, ¡es su recepción! Por lo cual se dispone a participar de esta simple y auténtica charla y atender disponible al momento.

—Ayer me han robao mi carretón, y hoy he recorrió too Ovalle buscando al que se lo llevó, too el día he andao, pero ya lo tengo cerca..., mañana lo pillo, mañana doy con él...Yo estaba allá aonde voy a cargar el

carretón con las mercancías pa' traer y vender, y resulta que voy pa' dentro a buscarlas y cuando vuelvo, miro y el carretón ya no estaba.

Leticia empatiza naturalmente con él. Es un hombrón de mediana estatura, de cuerpo más ancho que delgado, dando la impresión de su carne repartida en forma dispareja, lleva chupalla sobre su cabeza. Su tez, color de pueblo. Su timbre de voz, de piedra y polvo. Una queja firme en la garganta no exenta de dulzura, acertando en las palabras con que expresaba su relato. Leticia siente el cerro y la tierra rocosa en él. Esa aridez cálida a la vez. También en su padre sintió alguna vez esa característica.

La conversación prosigue. Él le cuenta que vive solo, arrienda una pieza, sus nietos que pasan por la calle ni lo saludan. Es solo, ha trabajado en muchos pueblos interiores por años.

—¿Y la mamá de sus hijos? —pregunta Leticia.

El hombre sin ningún reparo señala.

—La legal está en Santiago, la conviviente está en el norte.

Leticia le cuenta que es nacida en Ovalle y que ahora ha vuelto a presentar su libro con la historia social y memorias en la vida de su padre sotaquino, quien se desempeñó como alcalde del pueblo mucho tiempo atrás, por los años 50. Le cuenta también que ha investigado para poder escribir esas memorias y también ha puesto de su historia afectiva fotografías y documentos de la época. El hombre la escucha, los dos hablan con sus miradas puestas en la plaza, se oyen. Se hace innecesario en este caso mirarse. Tampoco el banquillo ofrece esa posibilidad y por lo demás, la oralidad se manifiesta completa en la charla que surge.

—Ahh, hay que ser grande para hacer eso...—le dice con un dejo de admiración en su voz rocosa.

La sitúa justo en el lugar en que ella quiere y debe estar; la literatura. Luego de unos breves momentos de silencio, Leticia siente que ya puede irse a desempacar, ubicarse y dar inicio al programa señalado para esos días. Antes le comenta:

—¿Siempre es así la plaza en tarde de domingo? ¡Hay poca gente!

—Yo siempre vengo, y hay ma' gente, pero hoy día, están de contarlos... mire...tan de contarlos...

La tarde avanza y el sol comienza a declinar.

—Creo que ya me voy a ir —dice Leticia.

—Sí, yo también —dice él levantándose también del asiento.

—Que le vaya muy bien mañana, y que encuentre su carretón.

—Sí, que nos vaya muy bien a los dos. A usted en lo suyo y a mí en lo mío.

Mientras se aleja, Leticia se siente más parte del pueblo al que ha llegado. Con una emoción nueva en el corazón y con una benévola sonrisa en los labios piensa: no tiene que ser el príncipe azul, ni las lentejuelas, ni el spa soñado, ni el encanto erótico. Esta vez ha sido un desconocido hombrecillo rechoncho en su pueblo natal quien puesto ahí, ha dado aliento a la raíz.

La esquina

La pensión estaba ubicada en un cerro porteño, justo en uno de los vértices en que tres calles suben y se atraviesan. En la calle Templeman, cercana al lugar de "los 14 asientos", que rodea la tradicional Iglesia Anglicana.

Bastante tiempo atrás, Johanna fue habitante en esta residencia. Cuando se casó con Antonio. Fue en aquellos años, cuando tuvo que abandonar el pueblo en que vivía y dejar con nostalgia sus rosales amarillos y la cálida brisa del campo, para venir a acompañar a Antonio a Valparaíso, quien comenzaba a desempeñarse como profesor y al mismo tiempo terminaba sus estudios. Por este motivo alquilaron una habitación en la pensión de la Florencia. Era una casona antigua de dos pisos y de tradicional estampa, forrada con los característicos latones de zinc que presentan muchas de las construcciones porteñas. Acá fue que, sin sospecharlo, Johanna se encontró con atrevidos y aventurados destinos que se tejían en las callejas y añosas casas; entre ancianas, estudiantes, delincuentes, borrachos, artistas y gatos. Todos por igual transitando en aquel conjunto de cerros porteños, característica geografía que permitía observar por las noches desde miradores o ventanas a todos por igual las luces de las pequeñas embarcaciones que se desplazaban por el mar.

El calendario en las paredes había dado vuelta ya varios ciclos; aproximadamente harían unos tres años desde que ella abandonara aquel lugar entre destrozos y desilusión. Desde entonces y gradualmente había intentado transformar la inmovilidad en que sumiera su corazón desde aquél dramático día del rompimiento con Antonio. La sensación de los últimos episodios, las incómodas vivencias, desencuentros y deslealtades la habían llevado a alejarse sin punto de retorno.

Hoy, Johanna se encontraba allí nuevamente. Había pedido a su prima Andrea que la acompañara a recorrer esos lugares que por años parecieron amenazantes y, que sin embargo ahora, aparecían como fantasías para los misterios, juegos y aventuras de dos inocentes primas, que en esa

tarde veraniega se introducían por los enrevesados callejones sobre los disparejos adoquines históricos.

Llegaron hasta la esquina de la antigua pensión, Johanna se detuvo como queriendo percibir aún rumores, datos de un pasado que ya no resonaba en ella. Desde la calle alzó la vista hacia una de las ventanas del segundo piso. Una toalla celeste colgaba sobre la barra de fierro que atravesaba los extremos de la ventana, a manera de baranda o balcón. Inmediatamente vino a su memoria la imagen del Viejo Lata, un señor jubilado que por esos años vivía en la pensión, en la habitación de enfrente a la de ellos. El apodo de Viejo Lata se lo había dado Antonio a quien había terminado por molestarle la cercanía de este pensionista, de quien solo los separaba un estrecho pasillo. El inocente viejo, cuyo egreso de la vida le había llevado a alquilar este rincón, había recogido en este lugar las últimas recopilaciones de su entorno histórico familiar que llegaba a su desenlace. Se había instalado allí con una vida de rutinas diarias, enmarcando como en cortinas musicales, la caótica vida de Antonio. El Viejo Lata era de apariencia decente, y a través de los ternos que vestía parecían hablar en él: el esposo, padre y correcto trabajador que habría sido.

En la memoria afectiva de Johanna asomaban recuerdos de una psiquis desmembrada, por los recurrentes hechos que acontecieron en la convivencia con Antonio, los que fueron dejándola cada vez más descompensada. Una mañana, cuando Antonio queriendo justificar su retraso en volver la noche anterior, intentó acercarse a ella con mimos y palabras de afecto; al verse incapaz de atraerla y convencerla a través de sus caricias, manifestó de pronto su acumulada impotencia y desató su agresividad. Empujó bruscamente la pequeña mesa sobre la cual descansaba

un antiguo televisor, haciéndola chocar contra la pared con bullicio y estruendo. Luego cogió a Johanna por el borde de la camisa de dormir celeste que aún la cubría y la arrojó sobre la cama tironeando y rasgando así los botones de su pecho. Johanna, quien nunca conoció el lenguaje de la violencia, quedó perpleja y no musitó queja alguna. Botada sobre el lecho del amor y su intimidad quebrada, como los pedazos de pantalla que yacían sobre el piso.

Cuando Antonio se calmó de hacer destrozos, sin decir palabra salió de la habitación y sigilosamente cerró la puerta con el pestillo por fuera, sin que Johanna reparase en ello afortunadamente, pues de haberse enterado en ese mismo instante habría caído presa del pánico por la ventana del segundo piso, huyendo de ese claustrofóbico encierro.

Recuperándose aún del disturbio quedose en silencio, inmovilizada entre roturas de esperanza y temor. Media, una, o tal vez dos horas pasaron hasta que se vistió y dio unos pasos hasta la puerta. Sin embargo, antes de llegar, un extraño instinto la detuvo y sin intentar abrirla volvió a acurrucarse en el lecho bañada en desconcierto.

Unos momentos más tarde oyó cercano el rumor de la llave y el móvil tintineante de la puerta de entrada del primer piso, luego unos pasos que subían por las escaleras; entonces se dirigió nuevamente a la puerta y al intentar abrirla, comprobó que había permanecido encerrada. Experimentó una ola de sudor y golpeó fuertemente con su mano desde el interior de la habitación, al reconocer los pasos del Viejo Lata que se acercaba subiendo la escalera.

—¡Ábrame, por favor! —gritó con voz entrecortada.

El rutinario y tranquilo viejo se dirigió a la puerta de la habitación y soltando el pestillo exclamó:

—¡Por Dios esto es muy peligroso!

Johanna abrió la puerta. Sus rostros venidos desde tan diversos lugares y tiempos se encontraron frente a frente; y a pesar de su estropeado corazón y, sin más recursos que su educación en el buen vivir, el decoro y la vergüenza, el alma le dictó continuidad. Johanna sonrió e intentó buscar excusas para Antonio; un olvido, un acto inconsciente, le explicó entre balbuceos al viejo, quien venía de vuelta a las 5 de la tarde con la bolsa del pan en la mano izquierda para tomar su onces simplemente solo, en la habitación de aquella esquina de su vida.

Las primas continuaron su paseo en esta tarde veraniega. Para Johanna, cada lugar del cerro se hacía más luminoso y era una victoria o una conquista caminar por ellos y recorrerlos con liviandad; más, no sin recuerdos ante los cuales ya se había instalado esa distancia afectiva que el tiempo regala. Comprobarlo hoy le hacía brotar aquella jovialidad que fuera gradualmente aplastada entonces. Comprobar que los lugares permanecían allí ofreciéndole la misma estampa y sentir sus pies caminando por sus callejas y pasajes junto a Andrea, hacían de esta tarde un paseo invaluable; el temor y los fantasmas que la obstruyeron sin haberle permitido volver, vencidos quedaban.

Ahora disfrutaba de este familiar vínculo con su prima. Extrajo de su mochila de paseo la cámara fotográfica para estampar estos momentos, y posó mientras Andrea efectuaba la toma. Posó sentada en la berma cual muchacha sesentera, posó aleteando cual gaviota en absoluta libertad, posó apoyada en la baranda del mirador paseo Atkinson en un romántico

gesto, y posó subiendo al ascensor Turri, que en esos momentos llegaba arriba y abría su puerta para tomar a los pasajeros y turistas que ya descendían al plan. Ellas también descendieron para regresar a casa y proseguir sus vidas. Sonaba ronca la bocina de un barco en la bahía.

